

# FBI



*La huella*  
**DELATORA**

**JIM MURRAY**



JIM MURRAY

# LA HUELLA DELATORA







DERECHOS RESERVADOS  
Copyright by EDITORIAL ROLLAN  
Madrid, 1958  
PRINTED IN SPAIN



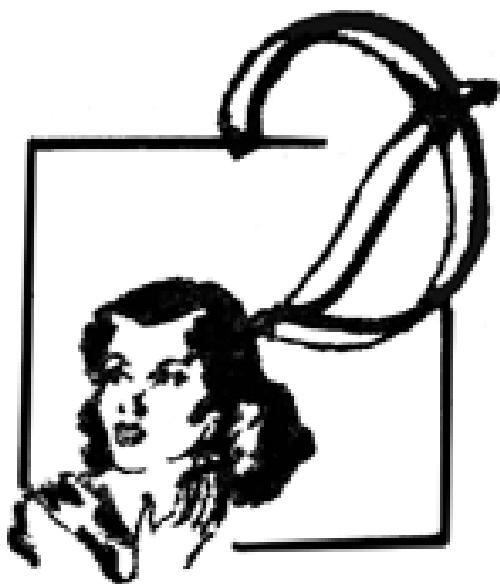
SAN BERNARDO, 68 - MADRID

---

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid



# I



EBE usted casarse, Templeton! Es inhumano tener a una mujercita, durante años, con la miel en los labios.

—Váyanse a Grecia en viaje de bodas. ¡Seguro que a su novia le gusta la belleza clásica!

El

«G-man»

abrió los ojos como platos.

Las frases incitadoras, que halagaban en lo más íntimo su ilusión, hubieran sido recibidas placenteramente con chirigotas en cualquier otro sitio; pero allí, en el solemne despacho federal y pronunciadas por sus jefes, le dejaron el regusto de una medicina.

¡Incluso se atrevían a sugerir la ruta de esponsales! Faltaba poco a Donlevy y Pegg para que le aconsejasen las palabras que debía pronunciar, a oídos de Nancy, en pleno transporte amoroso.

—¡Esto pasa de la raya! —murmuró—. Si el F. B. I., tiene derecho a disponer incluso de la piel, mi intimidad es sólo mía. Además...

—¿Qué? ¡Hable! —exclamaron al unísono los gerifaltes del Departamento de Drogas.

—A *miss* Seattle no le agradan los viajes largos y se marea en barco.

—Es que irán ustedes en avión, amiguito.

—Y llevarán tabletas de atropina. ¡Está decidido!

El agente se puso a recorrer la habitación como fiera enjaulada. Pugnaba por decir a voces que el lugar de control del trabajo ajeno se había convertido, de pronto, en un manicomio, como si parte de la tensión habitual se hubiera plasmado, desviándose, merced a una magia increíble.

Bill sacaría de ello alguna ventaja, por cierto. De bregar entre «gangsters», asesinos y contrabandistas se le había contagiado parte de su retorcida psicología, y pensó que un poquitín de astucia no estaría mal frente a los que le imponían el matrimonio como increíble obligación. ¡Detallando, incluso, el punto elegido para pasar sus vacaciones reglamentarias!

—Me gusta Nancy, señores —dijo, no sin ironía—. La considero compañera ideal de un hombre, aun teniendo la vida azarosa de nosotros...

—¡Bravo! —exclamó Pegg—. ¡Adelante, muchacho!

—Imaginé que le agradaría el plan —habló Jack Donlevy—. ¡Ah! Si yo pudiera casarme de nuevo...

—Hay un pequeño inconveniente, empero —dijo Bill Templeton, con acento lúgubre—. Ella me quiere y yo la correspondo, pero...

Hizo una pausa adrede, ante la expectación de sus jefes, y luego se tocó el pecho con gesto dramático. Parecía dispuesto a arrancarse el corazón para ilustrar así sus palabras.

Lo que hizo fué sacar la cartera, y de ella, con gran parsimonia, varios billetes de banco del mismo tamaño y distinto color. Los había de cinco, de diez y de veinte dólares, incluso uno ajado y con múltiples dobleces, que exhibía tímidamente la unidad seguida de dos ceros.

Todo ello fué depositado, con gestos tan fríos como los de un

cirujano, ante la mesa bifronte de los jefes. ¡En realidad, Bill estaba haciendo la autopsia a su fortuna!

—Éstos son mis poderes... —dijo, remedando a un célebre cardenal—. ¡Díganme ahora cómo fundo un hogar, mantengo una esposa y perfilo ese viaje de novios!

—Pero es que nosotros... —empezó Archibald.

—Pensamos ayudarle —completó el otro inspector.

—¡No, señores! —contestó Bill, con una decisión que no admitía réplica; luego afirmó, enfático—: Mis cosas privadas las hago y pago yo, o no pasan de ser un proyecto. ¡Háblenme de ese ascenso que espero hace seis años!

Los dos jefes se miraron entre sí, en silencio. El ultimátum estaba bien planteado —por el mejor agente de la plantilla de Tóxicos— y no tenía vuelta de hoja.

Bill podía admitir dinero para desplazarse más o menos lejos de la patria; grandes sumas cuya inversión justificaba después hasta en sus menores detalles. No hacía mucho que dispuso de un millón de bolívares, y el gasto casi íntegro de tal cifra proporcionó al

F. B. I.,

uno de sus más resonantes éxitos —y la captura de un cargamento de drogas valorado en cuatro veces aquella cantidad—, amén de la ventaja de dar albergue masivo a indeseables en Alcatraz y Joliet, penitenciarias de California e Illinois, respectivamente.

La historia federal del joven era una continua sucesión de hazañas y tenía en el cuerpo múltiples cicatrices —que acreditaban su valor y acometividad—, como otras tantas medallas invisibles y gloriosas.

—¡El ascenso! —murmuró Archibald, pestañeando.

—Ya somos dos en este museo del crimen —resopló Donlevy—. Claro que yo pienso retirarme en breve: las petunias me aguardan, mustiándose en poder de los chicos...

Lo que Bill proponía es que el dúo se convirtiera en terceto o que el más veterano dejase vía libre a la juventud. El asunto merecía pensarse detenidamente.

Mucho más que una boda acelerada y una romántica luna de miel el Atenas, a la sombra de la Acrópolis, el Partenón y el Templo de los Filósofos.

Bill comprendió que, puesto que los jefes vacilaban, era el

momento de lanzar más combustible al fuego. ¡La caldera adquiriría su máxima presión, y se dispuso a afrontar valientemente el estallido!

—Piensen en la dulce Nancy, mi futura —dijo—. Después de una fabulosa «*tournée*» a través de medio mundo no puedo sepultarla en una modesta pensión del Bronx, en una hedionda casa de huéspedes de ínfima categoría. ¿Cómo borrar su romanticismo a base de pringue de sardinas y la visión de una humanidad apelmazada? ¿Cómo compensarla, sin placeres honestos y absorbentes, de las preocupaciones de tipo moral y económico? ¡Con cuarenta dólares diarios, eso es imposible por ahora!

Los directivos se alejaron un tanto del antagonista de aquel extraño combate, y, agrupándose en un rincón del despacho bipartito, juntaron sus cabezas en animado cuchicheo. Parecían jugadores de «*rugby*» perfilando su acometida para vencer al «team» rival, y pese a la soledad de Bill, era evidente que temían su próxima «jugada».

El joven sonrió ante el primer síntoma de flaqueza adversaria. Se permitió sacar su pitillera y estuvo haciéndola girar entre las manos. Cuando los dos inspectores se acercaron a él nuevamente, ofreció la paz al modo de piutes y mohicanos, navajos y buchanan.

—¡Está hecho! —confirmó Donlevy, ceñudo—. ¡Disculpamos todas las impertinencias oídas a nuestro nuevo compañero en el Departamento!

—Al «futuro» esposo de Nancy Seattle —recalcó Pegg.

—¡Vamos a celebrarlo, entonces! —afirmó Bill, sacando cigarrillos.

Eran de una clase especial, elaborada para él en Virginia, y que poseía un aroma fresco y embriagador. Dos manos se acercaron, como garras, a la petaca promisor.

Donlevy y Pegg envidiaban a Templeton por su juventud, brío y elegancia. Era el federal más elegante de la plantilla neoyorquina, que es como decir el número uno de América.

Ello explicaba, en cierto modo, que no pudiera hacer economías con cuarenta dólares diarios, sin ser un manirroto.

¡Desde luego, era imposible imaginar a Templeton ocupando un tabuco en albergues de baja estofa! Tampoco las petunias del inspector se presentaban en certámenes de floricultura. —Jack

Donlevy había ganado premios, en ocasiones— empleando como macetas botes de conservas.

Ya humeaban los cigarrillos de Virginia, embalsamando el aire, cuando Pegg se atrevió a explicarse totalmente.

—Tendrá usted el puesto a nuestro lado, Bill, y nos tutearemos —dijo—; pero ello será...

—A su regreso, triunfal, de Atenas. ¡No crea que le costeamos, así porque sí, un viaje de bodas! —recalcó «el Tigre».

—Lo suponía —contestó Templeton, muy tranquilo—. Desde tiempos de Moisés las rocas no dan agua por las buenas. ¡Es fama que el patriarca judío tuvo que hacer polvo su varita ante la avaricia de la que encontró en el desierto!

—Si es una alusión... —bufó Donlevy.

—Lo haremos constar en un expediente de cargos —advirtió Pegg, lealmente.

—Es un detalle accesorio —dijo Bill, muy molesto—. ¡Lo del judaísmo y la avaricia son ilustraciones del propio Edgar Hoover a los Libros Sagrados!

Así fué como Bill, después de una laboriosa conferencia que duró tres cuartos de hora, salió de Centre Street brincando de júbilo. Aparentemente, marchaba tan correcto, y pagado de su papel, como el que más; pero su corazón era un pajarillo que deseaba entonar cantos a la Naturaleza, al asfalto y a los colores chillones.

Una euforia imponente, arrolladora, le subía a la garganta, mientras que en su pecho el carnet federal parecía elevarle sobre el polvo ruin.

¡Había triunfado en la lucha de inteligencias, y no eran flojas las que dejó atrás en el organismo oficial! La bella Nancy estaría a su alcance en breve y podría lanzarse al matrimonio sin más dilaciones aconsejadas por la prudencia.

«¡Claro que no es tan pobre como ellos se figuran! —murmuró para sí—. Por el contrario, es la más afortunada criatura que conozco...»

El federal hablaba con razón. Nancy Seattle, hija única de un financiero, heredaría a la muerte de sus padres una cuantiosa fortuna, y estaba tan acostumbrada al lujo y refinamiento como la primera dama de la Unión. Precisamente la elegancia y chic del

federal le permitió llegar hasta ella, a través de fiestas mundanas y múltiples aficiones en común.

También es cierto que la bella no heredaría ni un centavo hasta quedar huérfana, y Bill no deseaba borrar de la superficie de la Tierra a los padres políticos más adorables de Nueva York.

Todo eso le impidió compartir con la joven el modesto haber de funcionario, aunque Nancy estaba resuelta a todo por su amor. No podía decirle, entregando veinte dólares diarios —el resto se los reservaba para sí—, a una digna ama de casa:

—Toma y arréglate, pequeña... En el Harlem hay un mercadito económico, y el dueño de los Almacenes Tap. —Todo a Plazos— es amigo mío.

Ahora era diferente. Con cien dólares podían comer en un restaurante de primera y almacenar en una «frigidaire» buenos alimentos para cenas frías y desayunos calientes. El resto del día podía pasarlo la bella en selectas reuniones con sus amigas, en casa de sus padres, o preparando ropita inverosímilmente pequeña.

Bill siguió caminando Manhattan arriba hasta que sintió hormigueo en las piernas y dolor en las canillas. Neutralizado un tanto su optimismo, tomó un taxi y se hizo llevar fuera del perímetro isleño.

Luego, al detenerse el vehículo frente a un chalet cerca del Hudson, pasado el Inwood Hill Park, abonó el importe de la carrera sobre ruedas y avanzó en busca de la amada.

Nancy saludó a su novio con una mano, y al desviarse el artefacto de riego estuvo a punto de incluir al federal entre los vegetales cuyo crecimiento atendía.

—¡Alló, Bill! —exclamó, con voz musical—. ¡Qué alegre sorpresa!

—Para mí no lo ha sido tanto, querida —contestó Templeton—. Si te descuidas, hubiese tenido que enviar mi traje y sombrero a la reserva...

Dejando la manguera sobre un macizo de hortensias, dispuesta a abrazar al amado y cerrar el paso del agua, Nancy se mostró en todo su adobe y femenino «appeal».

Por un momento el mandilón de goma crujió en la forzada postura, y el traje de la bella se ciñó tentador a las curvas. Luego, dos ojos enfocaron límpidamente el rostro del federal, demostrando

que hay un azul más bello que el cielo primaveral e incluso las profundidades del Mediterráneo.

Los brazos, bien modelados, se ciñeron en torno a un cuello recio y varonil, y sonó un chasquido. Dos pechos contendieron en ímpetu bravío, y la boca de Bill fué magullada a conciencia.

—¡Niños! —clamó una voz desde la casa—. No me gustan esas expansiones...

—A mí, sí —refunfuñó Nancy.

—¡Vamos a casarnos, mamá! —dijo Bill, saludando a *mistress* Seattle con un pañuelo.

En realidad lo sacó para restregarse los labios, y cuando la tela cumplió su cometido había en ella rojeces sospechosas. La patrona miraría indignada a Bill al lavar sus menudencias por última vez.

—¿Casarnos? —preguntó Nancy—. ¿Lo has dicho o sueño despierta? Anda: ¡repítelo!

Por toda contestación, Bill hizo algo que no estaba en consonancia con su hábito de hombre serio y respetable. Tomó en brazos a Nancy, como si fuera una pluma, y girando sobre la grava del paseo la hizo oscilar de un modo vertiginoso.

El sombrero de paja cayó al suelo, y una cascada de cabellos rubios ondeó en el aire y sol de una mañana gloriosa.

—Eso es: ¡ca-sar-nos! —repitió Bill, silabeando para deleite de la enamorada—. Claro que, si no lo deseas...

Ya dentro de la casa se oían gritos de júbilo. *Mistress* Seattle corría hacia el despacho de su esposo, el financiero, para comunicarle la buena nueva e invitarle a sumarse al alborozo.

Nancy no dijo nada, porque en brazos de Bill parecía a punto de desvanecerse en un éxtasis. Tanto más que el joven moreno, con soberbia voz de bajo, tarareaba los acordes del himno nupcial de Mendelssohn, mientras avanzaba con su dulce carga hacia el edificio.

Pronto la familia estuvo en torno al hombre del día, escuchando de sus labios la novedad y el proyectado viaje de bodas. ¡Atenas, el centro geográfico de Grecia y cuna de la civilización helénica!

Un viaje en avión hasta la metrópoli, y luego una idílica visita a las islas del archipiélago. ¡Incluso llegarían al Monte Athos, la república frailuna de la Calcidia!

Ya imaginaban los ancianos a su hija remontando una gran

muralla a bordo de una cesta...

—Tenemos qué hablar de la dote, amigo mío —dijo el financiero, carraspeando—. No puedo consentir que paséis apuros económicos.

—De eso, ni hablar —contestó Bill en el acto—. Nancy aportará sus ropitas, alhajas y el automóvil, pero no consentiré ninguna otra cosa. Aún tengo que referirles la segunda noticia.

—Si salgo con bien del próximo asunto, seré nombrado inspector. Entonces, amigos míos, no habrá apuros ni estrecheces.

—¡Maravilloso! —exclamó *mistress* Seattle.

—¡Colosal! —coreó el amo de la casa.

Nancy no dijo nada, quizá porque sus padres habían usado los calificativos máximos. Al abarcar al amado en sus enormes pupilas, Bill pudo compararlas como nunca a un mar bellissimo, tanto más que las saturaban gotas de líquido salobre.

Lo mismo que el federal minutos antes, al salir de Centre Street, la joven deseaba cantar, y por si la emoción nublaba su voz se decidió a tocar un poquitín el piano. ¡De algún modo tenía que dar gracias a Dios por la felicidad de que le hacía depositaría y elevar hacia las altas esferas su emoción hecha belleza!

Alta y flexible, esbelta como una ninfa, Nancy Seattle formaba maravillosa pareja con su prometido.

No le pidió otros detalles que los que él tuvo a bien comunicar, pese a que adivinaba muchas más cosas. Esperó, paciente, pues la novia y futura esposa de un policía debe ser discreta sobre todo.

Mientras sus dedos blancos y suaves, aristócratas, acariciaban las teclas sonoras. Bill alisó el trigo maduro de sus cabellos, admirando la deliciosa fisonomía vuelta hacia él. Un perfume espontáneo, como el de una flor, emanaba de la bella.

—Atiende a la partitura, para que pueda concentrarme —pidió Bill; luego, complacido, prosiguió—: No quiero ocultarte nada. Ese viaje de bodas...

La música cesó bruscamente. Los dedos de la joven —ante la solemnidad del momento— se posaron en los labios del amado y fueron el mejor freno a sus palabras. Rindieron un resultado fenomenal, en gracia a su propia, dulzura.

—¡Lo sé! —dijo Nancy—. «Hemos» de luchar ambos en la misma empresa. ¡Triunfaremos para que logres tu ilusión!

No podía ser una persona ignorante, sin agudeza intelectual, la elegida por el agente del

F. B. I.,

para esposa. Allí mismo tuvo Bill la más grata confirmación.

En efecto: aquel viaje de bodas, pagado por el Departamento Federal, tenía que ser necesariamente una nueva prueba de nervios pródiga en tensión y peligro.

Todo estaba dicho ya, sin palabras. De un modo o de otro, si el F. B. I.,

era el indirecto artífice de tan extraordinaria felicidad, tenía derecho a una compensación. Nancy se dispuso a ser la compañera ideal del hombre valiente y decidido que podía celebrar a un tiempo esponsales de amor y exequias de muerte.

¿Miedo? Ello es impropio de las almas fuertes y Nancy era capaz de epatar a las típicas heroínas de la Historia. Tan culta como Bill, elegante y selecta como él, iba a demostrar que poseía «temple» al tomar el apellido del audaz.

A su memoria acudieron las estrofas de un soneto famoso, debido a cierto ingenio español, y las recitó en beneficio de Bill: para que comprobase que su elegida no era una pazguata.

—«Si hija de mi amor mi muerte fuese, ¡qué parto tan dichoso que sería el de mi amor contra la vida mía! ¡Qué gloria que el morir de amar naciese!»

Bill sintió que una ternura infinita le dominaba. Remedó la actitud de la joven minutos antes, pero fueron sus mismos labios los que sellaron la boca que acababa de prometer la devoción máxima.

## II



L avión de la

T. W. A.

—vuelo directo, diario— aterrizó suavemente en la pista. Empleados de la base acercaron una escalera metálica y la azafata, sonriente, fué despidiendo a sus pupilos.

¡Acababa de ponerlos, sin novedad, en la cuna de la civilización y de los dioses paganos! A medida que el gigantesco «Constellation» vomitaba gente del abdomen metálico, un autocar y varios coches privados se llenaron con el pasaje. Apenas hubo formalidades aduaneras y luego los viajeros de América se deslizaron por las carreteras que afluyen a la capital.

El aeropuerto quedó atrás, poblado de pájaros metálicos que esperaban turno para surcar el aire.

En la parte alta del autocar, de dos pisos, la pareja de Bill y Nancy formaban extraño conjunto. Ajenos a la voz del cicerone, permanecían embelesados en la mutua contemplación de sí mismos. Era inútil que noticias de divulgación sonasen en sus oídos: ¡no las escuchaban!

—Estamos llegando a la capital, señores —indicó el hombre del micro, elevando un tanto la voz—. Vean la Acrópolis y el Partenón —corona ateniense al claro de luna—, el templo de Niké, el de Zeus y la capilla de San Jorge sobre la colina del Lycabettum...

¡Nada! El guía hablaba en perfecto inglés y era para los recién casados como si hablase en griego. No arrancó una sola mirada del grupo embebecido, pese a que recalaba sus palabras de un modo algo disonante.

«¡Bah! Novios... —murmuró para sí—. Espero que oigan el nombre del hotel que voy a recomendarles...»

En eso tuvo suerte. Cuando el «buss» se adentró en Atenas, y desdeñando las calles en curva y cuesta de la zona antigua se deslizó como una saeta por la avenida Churchill —para desembocar en la plaza de la Constitución—, el guía recibió de cada viajero una propina a cuenta de la charla explicativa.

Bill se limitó a dar un apretón de manos, tan enérgico, que el cicerone sintió un calambre en la clavícula. ¡El forastero había despertado de en modorra!

—¡Gracias, míster Templeton! —exclamó el «agradecido»—. Ahí enfrente, nada más cruzar esta plaza, tienen ustedes el hotel King George y el Gran Bretaña. Cualquiera de los dos posee magníficas vistas sobre el Partenón, y los jardines del Parque Nacional.

—¡All right, amigo! —Correspondió Bill, con una sonrisa.

Nancy se limitó a mirar a su esposo. Ni siquiera habló. Abandonó incluso el cuidado de la valija, que algún encargado de la T. W. A., se ocuparía de llevarles al hotel.

¡Ambos estaban en Babia, y no en Grecia!

No arrojaron una sola mirada al edificio que dejaron atrás, en la cúspide, ni a sus veinticuatro columnas visibles desde allí. «La Corona de Atenas» no mereció una sola mirada, y aún estuvo la pareja a punto de dejarse atropellar por un coche, al cruzar la avenida Karageorgi Georgioua.

Viéndolos tan abstraídos y distraídos, el chófer-cicerone-aposentador tuvo una idea. Penetrando en las oficinas de la compañía, de aviación marcó un número de teléfono, y a poco estaba hablando con el gerente del hotel llamado pomposamente Rey Jorge.

—¿Aristides? —preguntó—. Soy Kermou, de la  
T. W. A.

—¿Qué ocurre, caballero? —respondió una voz solemne.

«Ya están esos dos ante el “comptoir” —se dijo el astuto griego—. De lo contrario, Aristides me habría llamado pirata o viejo viga.»

Ahuecó la voz, y dijo en un siseo:

—¿Están ahí los dos americanos que te mandé?

—Sí, excelencia —contestó el amigo del guía—. ¿Algo especial?

—¡Al contrario! —bufó el cicerone—. Mételes en un cuarto de baño o en el desván. ¡Seguro que no se dan cuenta de nada!

—¡Gracias, mi general! —respondió el gerente del hotel, cortando la comunicación.

Luego procedió a atender a los tórtolos.

Era indudable que, a pesar de su abstracción, Bill tenía costumbre de hospedarse bien y a menudo. Hizo girar con gesto negligente el atril donde se hallaba el libro de recepción, sacó su carnet federal y el pasaporte que amparaba a la esposa, y firmó con gesto rápido y nervioso.

A la pregunta del amable encargado, contestó lo que éste imaginaba, de acuerdo con los informes recibidos de su amigo.

—Nos da lo mismo. ¡Sólo queremos una habitación tranquila, y no muy cara! Los equipajes...

Bill se sobresaltó perceptiblemente. Giró los ojos en torno, y al no ver las maletas sufrió cierto sobresalto. Luego se echó a reír, y comunicó al gerente:

—Deben estar en las oficinas de la

T. W. A.

¡Qué distraído soy!

Nancy no dijo ni eso. Consumada actriz o enamorada cien por cien, sus ojos no se apartaban del rostro del esposo. Lo contemplaba con más éxtasis que si se tratara del Hermes de Praxiteles, redivivo, como si sus vulgares palabras fuesen el fascinante oráculo de Delfos

en tiempos de la Sibila.

Hizo un alarde para dominar su emoción y seguir al pícaro botones, que los llevaba ya hacia el ascensor, luego de recibir una orden y un guiño del jefe del hotel.

Ni las palabras ni el gesto fueron interceptados, al parecer, por los que vagaban entre las nubes del séptimo cielo.

Minutos después, la pareja quedaba albergada en una habitación del cuarto piso. Por suerte para los jóvenes, el hotel era tan confortable en todos sus departamentos, que el elegido no dejaba nada que desear, aparte de que sus ventanas daban a la trasera del hotel —a la calle de Gian Smats—, y que desde allí no se divisaba otra cosa que la fachada de casas, y al fondo, muy a la derecha, la arboleda que remata un edificio en ruinas.

«Nos han dado lo peor que tenían», meditó Bill, sin rencor alguno hacia la dirección del King George.

Realmente estaba contento, pues su proyecto se iba cumpliendo al pie de la letra.

En cualquier circunstancia normal, el federal hubiera procedido de un modo muy distinto. Jamás se le había ocurrido, por ejemplo, mostrar en la gerencia su carnet del

F. B. I.;

pero en aquella circunstancia aparentaba viajar en plan meramente privado, particular.

Decidió seguir el plan trazado hasta en sus menores detalles, seguro de que Nancy no echaría en falta ningún detalle de «confort». ¡Para ella era su esposo el único atractivo, y no la defraudaría en tal aspecto!

—¿Quieres bajar al comedor, querida? —preguntó, con voz apasionada.

—¡Oh, no! —rechazó Nancy—. Comimos muy bien en el avión, amor mío. Lo único que deseo es descansar y olvidarme de todo. ¡Incluso del zumbido de los motores, que aún suena en mis oídos!

—Quítate los algodones, entonces —sugirió Bill, amoroso—. O mejor, yo té los quitaré...

Y se acercó a su esposa con el aspecto del hombre que se dispone a realizar algo supremo.

La joven procedió a desvestirse lentamente. Daba a sus gestos un aire de ritual, lento y solemne, medroso. Bill acabó mucho antes su

tarea, y luego acudió a la puerta de la habitación y la abrió en silencio.

Pese a su aparente distracción, sus finísimos oídos —no asordados, por cierto— habían captado un rumor de pasos al exterior. Al abrir la puerta observó a un chicuelo que se alejaba de puntillas, después de colocar en el pomo de la puerta, por la parte del pasillo, un letrero impreso que decía, en griego:

«¡No molesten!»

—Maravilloso —murmuró—. Ése es precisamente mi deseo.

Y se lanzó hacia la alcoba —donde le esperaba una mujer bella, amantísima— con el aire sigiloso del león que va en busca de caza.

En tanto, el libro de registro del hotel había sido inspeccionado ya por un huésped del mismo, eterno desocupado y con una curiosidad más que regular.

Desde el mismo vestíbulo había visto llegar a la pareja, y se sorprendió un tanto al leer la filiación de Bill Templeton. Su único papel por entonces era transmitir detalles e informes, y se alegró de facilitar algo interesante a los hombres que le alquilaban.

Se acercó hacia una cabina telefónica, y mantuvo una breve y extraña conversación con alguien situado al otro extremo del hilo telefónico. Sus palabras eran apenas un cuchicheo:

—Llegó un explorador, desde el otro lado del charco. Mi opinión es cero sobre dos, y la de ellos, cuatro veintiséis. ¡Espero!

Lo hizo, en efecto, durante unos minutos, mientras el jefe de una siniestra organización meditaba luego de asimilar los datos recibidos. La palabra «explorador» significaba policía, y la opinión del truhan, que se trataba de un recién casado en unión de su esposa. El añadido «cuatro veintiséis» era lo más inocente de la definición cifrada: significaba, simplemente, el piso y número de habitación que ocupaba Bill en el hotel. Ser policía, y del otro lado del charco, implicaba que era un hombre del

F. B. I.

¡En ello no cabía la menor duda!

Un rato después, cuando el confidente empezaba a impacientarse, oyó las esperadas instrucciones:

—Tal vez sea un despistado; pero no podemos desdeñar nada. ¡Vigile, Hartmann, y procure hacerse el indispensable!

—«O. K.», jefe —murmuró el informante—. Trataré de ligar con

ellos, y los volveré como a un calcetín...

¿También era clave aquello, o argot? El espía volvió a su sillón en el recibimiento, y a la lectura de su revista.

Empero fué perceptible que se colocó idealmente para vigilar a la vez la escalera del hotel y los ascensores. Pidió dos botellas de cerveza —negra y rubia— y, mezclándolas, dejó transcurrir lentamente las horas. Sin prisa, con estoicismo de pescador de caña.

Casi al anochecer, el cuarto cuatro veintiséis parió a los ocultos por la vía pedestre de la escalera. Gerald Hartmann vio a la pimpante y garrida Nancy descender del brazo de su esposo, un poco recargada de maquillaje y con el mismo aire estático de antes.

Pronto iba a saberlo, no obstante. Supo moderar su impaciencia, dejando pasar a la pareja al comedor, y aguardó unos minutos más, dominando su apetito.

Cuando llegó al lugar destinado a saciar el hambre, eligió una mesa contigua a los yanquis, mientras éstos se entretenían en picar con fruición los entremeses.

Hartmann prescindió de las menudencias y atacó el primer plato fuerte. Así emparejó con los tórtolos, y tuvo el acierto de captar más de cuatro frases cambiadas entre los que derivaban hacia el arrullo. A los postres había ganado tiempo al dúo amoroso, y renunció al café, para estar en condiciones de seguir a la pareja.

Bill observó al comensal —discreto y reservado— que los espiaba. No tuvo que volver la mirada ni una sola vez para ello, pues la botella de licor era a modo de espejo cóncavo que reflejaba su imagen.

Antes de los postres dijo algo a Nancy, que dejó a la joven perpleja.

—Cuando termines de comer, no apartes la servilleta del regazo, de modo que se caiga al levantarte. Luego, si te galantean..., ¡sonríe!

El gesto de estupor de Nancy, al hacerse cargo de la petición del amado, sólo fué advertida por Bill, que habló sin mover apenas los labios.

Iba a prorrumpir en reproches o preguntas, sin duda, cuando Bill añadió una aclaración:

—Alguien nos observa e ignora quién de los dos le interesa. ¡Recuerda que hemos venido a Atenas en misión bélica!

—¿Ya empiezan? —siseó Nancy, extrañadísima.

—¡Sí! ¡Me han hablado de Corfú como de la Perla del Jónico! ¡Quizá sea la isla más bella de Grecia, y está en avión a menos de dos horas de aquí!

—El avión es caro —murmuró Nancy, impuesta en su papel—. Recuerda que hemos agotado la mitad de nuestro presupuesto.

—Entonces iremos a Rodas, cruzando el Dodecaneso en barco —suspiró Bill, como apesadumbrado—. Pero tú te mareas, querida...

—¡No me marearé! —sentenció ella—. Yendo a tu lado resistiría incluso una tormenta en el Caribe.

«Enamorados, de escasa experiencia matrimonial y menos dinero», fué el dictamen del espía, al oír sus palabras.

Se evidenció que igual daba a la pareja llegar a las puertas de Albania que a las de Turquía. Razonadamente satisfecho por lo averiguado, Hartman ansiaba una toma de contacto, la cual estaba facilitándole la sagacidad de Bill Templeton.

El federal sospechaba de todo y de todos, y no en balde había elegido un hotel cosmopolita de Atenas para establecer a la vez cuartel de Marte y templo de Afrodita. En los archivos del

F. B. I.,

hay multitud de antecedentes que parecen carecer de importancia, pero que un estratega no despreciará por enamorado que esté.

Confirmando la sospecha del federal, al terminar la cena cayó al suelo la servilleta, que era una sutilísima trampa. El solitario comensal —cuarenta años, curva abdominal pronunciada y calva— se lanzó como un alcotán hacia el minúsculo trozo de tela, invadiendo el terreno que pertenecía a un vulgar camarero.

Unos ojos grises, de acerado mirar, se clavaron en Nancy, aturdida ante semejante prueba de osadía, y acaso más al confirmar que su esposo había acertado plenamente.

La bella vaciló, se puso arrebolada y luego murmuró una frase de gratitud.

—¡No tiene importancia, señora! —Oyó a una voz bien entonada, de barítono—. También en Grecia la cortesía es un deber...

—Mi esposa —señaló Bill, sonriendo campechano—. ¡Mi flamante esposa! —se corrigió a sí mismo, con notable optimismo.

—Nancy Templeton —completó ella.

El obeso individuo hizo una reverencia, y tomando la manita de la joven, besó la punta de sus dedos. ¡Fué una exhibición perfecta!

—Gerald Hartmann —murmuró, presentándose a falta de introductor—. Llevo alojado en el King George varios meses y conozco el país como la palma de mi mano.

Al decir así la mostraba, en oferta simpática, al federal. Bill no tuvo inconveniente en estrechársela, mientras murmuraba su nombre.

—¿Es usted cicerone, acaso? —preguntó Nancy—. Precisamente necesitamos alguien que nos enseñe todo esto, sin formar parte de esas pandillas de opereta.

—Pues... no —suspiró Gerald, desdeñando el cabo que le tendían para asirse—. No dispongo de tiempo para ello, pero si algún día puedo acompañarles, me honrarán con ello. ¡Gratuitamente, se entiende!

La aclaración sonó a música deliciosa a oídos de Bill, que apreció con acertadas frases la oferta. Luego, de un modo cortés, ofreció a míster Hartmann una copa en la barra del hotel. Éste aceptó, encantado.

Ya estaban sentados los preámbulos de una amistad prometedora para ambas partes. El axioma de «suelta cuerda, para que los otros se ahorquen», fué cumplido por parte de Templeton, que con aire condescendiente dejaba al nuevo conocido extenderse sobre las bellezas del país.

—Aquí, durante todo el año, el sol y el mar rivalizan en grata competencia. El verano se alarga durante nueve meses, y los espléndidos paisajes son el telón de fondo para recordar escenas de la vida antigua.

—¡Magnífico! —exclamó Nancy, palmoteando.

Estaba ligeramente embriagada, más de amor que de alcohol. Obediente a las consignas de su esposo, parecía una colegiala en libertad luego de un largo internamiento. No había ficción en su aire entusiasta, ni gazmoñería en su actitud. ¡Estaba encantada y encantadora!

En boca del amable interlocutor brotaban ahora nombres de lugares de ensueño, pictóricos de atractivos y reminiscencias:

—Corinto, puerta de oro del Peloponeso; Creta, cima del padre de la mitología; Marathon, hito de victoria sobre los persas;

Olimpia, con su antiguo estadio; Rodas, «la prometida del sol» y perpetuo jardín; Salónica, segunda ciudad de Grecia...

Media hora más tarde, cuando la conversación del oficioso empezaba a languidecer por falta de tema turístico, sucedió algo muy curioso para los protagonistas de la farsa. Fué en el momento en que Bill sacó su cartera, para pagar la consumición extra, y demostró que no estaba muy sobrado de billetes ante el «barman».

—Póngalo a mi cuenta —pidió Bill, luego de una breve vacilación.

—¡En modo alguno! —protestó Gerald Hartmann—. Éste es mi convite, señores, y... ¡bien venidos a Grecia!

Luego, muy cortés y digno, se alejó, después de besar nuevamente los deditos de Nancy. La joven se despidió con el aire placentero que merece un viejo amigo, cuya aparición se desea en breve.

—No sé si es un botarate o un tipo muy hábil —decía Bill a su esposa, más tarde—. Ignoro si viene por ti o por mí, de veras...

—Déjalo de mi cuenta, entonces —contestó Nancy, muy seria—. ¿Te encuentras bien, luego de tantas copas, o prefieres volver a nuestra habitación?

—¡Nada de eso! —replicó Templeton—. Pasearemos un rato por la romántica Atenas. La noche es algo que no podemos perdernos aquí, y si te hastías de ruinas, podemos acercarnos hasta las playas...

Cuando salieron del hotel, empezaban las calles a despoblarse de gente. Pasearon, saturándose de color local, viendo típicas tabernas y modernos cafés, cinemas y teatros, restaurantes... Poco a poco derivaron a pie hacia la colina más famosa de todos los tiempos.

Luego, un modesto taxi los llevó por la avenida Vasileos y contorneando el pulmón verde de Atenas.

—¿Es cierto que no tenías dinero para pagar las consumiciones? —preguntó Nancy.

Era tan discreta, que dejó pasar una hora desde el incidente hasta la investigación.

—Pues... sí —confirmó Bill, dando un suspiro—. El viaje en avión supuso un buen pellizco, y ahora he racionado los fondos... No te importa, ¿verdad?

A Nancy no le importaba, pese a que sobre el cielo plateado se

alzó una nubecita invisible, que el propio Bill había fijado con mano maestra. En la contienda que barruntaba, la propia esposa sería otro cobaya a experimentar. ¡La luna de miel costaba cara, y él no era sino un federal de los de cuarenta dólares diarios!

—A última hora tuve cierta discusión con mis jefes —añadió, al penetrar en el hotel—. Así resulta que las vacaciones me las pago yo mismo, a cuenta del futuro sueldo. ¡Prefiero hipotecar el porvenir, y tener ahora manos libres!

Nancy comprendió que todos los proyectos de visitar Grecia se habían disuelto como una pompa de jabón. ¡Adiós las diversas etapas poéticas que describió Gerald Hartmann con tal facundia!

—En fin... —suspiró la joven—. La explicación de nuestro amigo ha sido maravillosa, de todos modos...

Bill no contestó nada a aquello. ¡No era preciso!

¿Por qué no habría de ser el propio Hartmann, el cicerone gratuito, quien costeara sus desplazamientos? Tenía una pródiga cartera y muy buena voluntad. ¡Buscaba algo, e iba a encontrarlo!

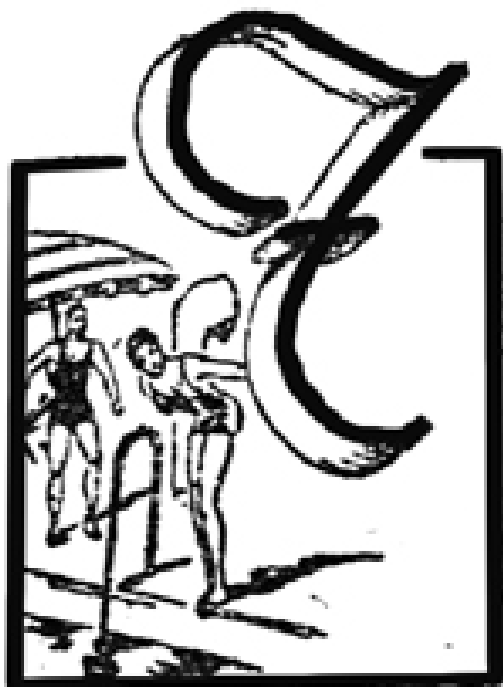
Claro que ello supondría darle facilidades para presentar la factura a su debido tiempo. ¡No se mueve, sin motivo o explicación, ni siquiera la hoja de un árbol! Si Gerald se había hecho presente —astuto como un zorro y más reservado que una ostra—, era menester averiguar el motivo que le impulsaba.

A Bill no le habían proyectado hasta Europa a fin de que admirase la belleza y la poesía, sino para detener el crimen en su inicio. Supuesto que en América entraban drogas, que tenían una pista en Grecia, era preciso saber por qué medios llegaban al país heleno para seguir su ruta a través del Mediterráneo y el Atlántico. El opio no se cría en el bello solar de Homero, Aristóteles, Platón y Sócrates, de los siete sabios, de las ciencias y las artes en pasmosa culminación humana. Era evidente que llegaba a través de Turquía, siguiendo camino desde Asia.

¡Para averiguarlo estaba Templeton en funciones, y no iba a frustrar el plan por un prejuicio baladí!

Grecia sería, como en el pasado, palestra de combate. La fuerza y el valor, la inteligencia y todas las virtudes positivas, tendrían en la patria de Pericles el mejor de los escenarios. ¡Y ello sucedería fatalmente, porque Pitágoras no fué un charlatán, y nadie regala dracmas por amor al arte!

### III



ODA mujer es amiga de hacer compras. En país extraño, viendo multitud de bagatelas y «*souvenirs*» a su alrededor, disputados por manos febriles, el capricho llega a adquirir categoría de imperativo.

Nancy, tan femenina como las otras damas del mercado callejero, abigarrado y multicolor, se inclinaba hacia las bandejas y vitrinas atestadas de objetos típicos griegos. Las joyas le atraían por su típica manufactura, pero le encalabrinaban —instinto maternal— las muñecas de graciosos y atezados rostros, cuyos brazos tendidos parecían llamarla.

—Bill —murmuró—: ¡mira esa payesita de Anatolia! ¿No está diciendo «comedme»?

Templeton echó mano a la cartera y depositó en manos del negociante en muñecas un montón de dracmas, recibiendo a cambio mil zalemas y la payesita.

Observando el gozo de Nancy y el ceño mal disimulado de Bill, Gerald Hartmann comprobó que su cálculo estaba basado en realidades: por una u otra causa, los forasteros apenas disponían de otros fondos que los indispensables para pagar hospedaje y manutención. ¡Los extras estaban prohibidos o tenían que dosificarlos prudentemente!

—Mire esas joyas, *miss* Templeton —habló el astuto, señalando la bandeja de un orfebre.

Las piezas estaban revueltas de modo confuso, dando la impresión de que carecían de valor. No obstante, cada una tenía su etiqueta, que no se desprendería por más vueltas que le dieran manos curiosas.

Había brazaletes de oro y plata en filigrana, collares de abalorios y ajorcas de platino, sargas de ágata y pendentifs que ostentaban brillantes sin color ni máculas. El contenido de tal bandeja, expuesto de un modo tan vulgar, tenía más categoría que algunos escaparates de las avenidas Churchill o Venizelos. Los turistas pensaban que allí pagaban menos, y hacían sus ofertas y tanteos ante la mirada aquilina del vendedor, más vigilante que Argos.

—Baratas estas menudencias —murmuraba, para facilitar el engaño.

Precisamente al pasar Nancy, y atraída su atención por Gerald Hartmann hacia la bandeja, el vendedor sacó de un cofre que parecía el tesoro de Monte Cristo, rebosante de alhajas y bisutería, una diadema de tosca y bárbara hechura, rústica y barroca. Era como una presea de los primeros tiempos y por ello poseía más atractivo. Rubíes y turquesas en bruto, una perla deformada de gran tamaño y otras piedras menudas completaban algo macizo y de gran peso, cuyo valor sería apreciable sólo por un entendido. El oro sin pulimentar, basto y todo, representaba un gran peso.

—¿Será auténtica? —siseó Nancy, al oído de su esposo.

—Parece bizantina —sugirió Bill—, pero no podría jurarlo. ¡Vámonos!

Mal conocía a los vendedores, sobre todo a los griegos. Pegajoso y sugerente, el de las joyas hizo mil zalemas mientras continuaba

girando la alhaja ante los ojos fascinados de Nancy, que parecía hipnotizada.

Fué inútil que Bill tratase de alejarlo de su paso, porque, dejando su negocio a otro cuidador, siguió el rastro de los presuntos compradores.

—Barato, «american» —decía, con el deje montaraz del Pireo—. Sólo mil, «excelenza...»

La mezcolanza de griego, yanqui y lusitano permite confundirse fácilmente, y eso le ocurrió a Bill. Sabía que al salir de compras tenía que hacer algún desembolso, y lo demostró al comprar a Nancy la muñeca de Anatolia. Ahora, al oír el precio, sus pies quedaron como clavados en el suelo.

Empero preguntó, mientras Nancy se enroscaba felina a su brazo.

—¿Dracmas?

—¡Oh, no! ¡No! —rió el astuto negociante—. Ustedes «american»; yo hablar en dólares.

Bill denegó, dando un bufido. Nancy se limitó a suspirar, y Gerald no dijo nada, pero se quedó mirando a la pareja de un modo enigmático. Luego, volviéndose hacia el comerciante, habló con él unas palabras confidenciales.

Después, apresurando el paso, se acercó al grupo de los forasteros, y dijo algo al federal:

—Conozco a ese tipo del aderezo y estoy seguro de que podrá dejarlo en la mitad. ¿Quiere que me encargue yo de la gestión, como compatriota?

—¡Hágalo, si le interesa! —desdeñó Bill—. A nosotros no nos seduce ni en una décima parte de ese precio. ¡Creíamos que era una imitación!

—Su esposa no merece imitaciones —murmuró Gerald.

Estaban un poco retirados del mercadillo, y Nancy se había parado a contemplar un escaparate de telas. Por ello no advirtió lo sucedido a continuación.

Bill se limitó a coger de las solapas a su obeso acompañante, y en el acto Gerald se sintió elevado por el aire en incómoda postura. Al mismo tiempo que dos ojos brillaban frente a los suyos, oyó una voz amenazadora, que trataba de expandirse con suavidad por entre los dientes crispados:

—¡Óigame, amigo, y hágalo bien! Sé lo que merece mi esposa mejor que usted, y en ciertas cosas no admito consejos.

—Perdone —musitó Hartmann, intimidado.

En el acto se sintió descender —con la misma potente lentitud— hacia el suelo. Al pisar firme moduló una sonrisa de circunstancias, pero habían aparecido gotas de sudor en su frente.

¡Bill Templeton levantó, sin esfuerzo apreciable, ciento ochenta libras de peso! Si el joven se congestionó, fué a causa de la ira y no de la fatiga.

Gerald no insistiría si iba por Nancy: acababa de ver cómo era capaz de reaccionar su esposo. En cambio, si buscaba a Bill, acababa de tener una confirmación de su valía.

Podía insinuarse tranquilamente. En Grecia, Templeton carecía de poder legal, y no eran más temibles sus represalias que las de otro particular cualquiera.

—Quise decir que usted puede adquirir lo mejor para su esposa —se justificó el tipo, alisando sus solapas—. Precisamente, un amigo mío necesita gente decidida para quitarse unos parásitos.

Bill estuvo a punto de saltar de alegría; pero no era cosa de lanzarse en brazos de Gerald a las primeras de cambio. Con menos severidad que anteriormente, pero aún como irritado, contestó:

—No soy un matón de alquiler. ¡Ayudaré a su amigo gratuitamente, si la razón legal está de su parte!

Era una hábil concesión, disfrazada como puede y debe verla un policía.

—La Ley no está de parte de él ni de sus enemigos —aclaró Gerald Hartmann—. Ahora se trata de competencia desleal, que mi jefe tiene que afrontar, por desgracia, en diversos países.

«Primero, amigo, y ahora, jefe —meditó Bill—. ¡Vamos prosperando!»

Nancy, volviéndose hacia los dos hombres, interrumpió la charla en su momento más interesante. El resto de la mañana no hubo ocasión de continuarla y fué beneficioso para Bill, pues así el jefe de Gerald tuvo tiempo de ser informado y preparar su plan.

Le interesaba el federal sobre toda las cosas, y por ello había emprendido la tarea de corrupción. Lo necesitaba más en su país que en Grecia, pero en Atenas mismo debía experimentarlo.

¡Tener un federal en su «gang» era un sueño que el «boss»

acariciaba desde tiempos atrás! Acostumbrado a que ciertos policías fuesen tolerantes, creía posible comprar a un elemento del F. B. I.!

Desconocía el significado oculto de las siglas federales: Fidelidad, Bravura, Integridad...

¡No pensaba confiarse plenamente a Templeton, claro está! De un modo progresivo le iría enfangando, haciéndole su cómplice mediante comunes aventuras y dádivas generosas. Luego, cuando Bill no pudiera volverse atrás, sería el momento de presentarle el ultimátum. Antes lo exprimiría como un limón, fingiendo premiarle generosamente.

—Tiene fibra, jefe... —le había dicho Gerald, por teléfono—. ¡Tanto como orgullo, que ya es decir!

Acto seguido le refirió de qué modo Bill se comportó con él cuando le sugirió la adquisición del famoso aderezo.

En la lucha de astucias que se avecinaba, el federal no podía dar un paso en falso. Llegado a Grecia para averiguar quiénes eran los malhechores que introducían drogas en su patria, le interesaba a la vez destruir al enemigo —de un modo total—, averiguando el oculto sistema de que se servían para introducir narcóticos en los Estados Unidos.

Aquella tarde, mientras Nancy visitaba los Museos Benaki y Nacional de Arqueología, con una de las pandillas de turistas que decía aborrecer. Bill y Gerald llegaron hasta la mansión del «boss», un rechoncho comerciante que parecía útil sólo en negociar alfombras persas y telas de Cachemira.

Bill se sintió observado por su mirada afable, condescendiente, que tenía la dureza del acero y la agresividad de una taladradora. En el transcurso de una conversación insustancial y cortés, le fué hecho un interrogatorio a conciencia.

Con aparente reserva al principio, el federal fué adentrándose por la senda de las confidencias. Su labor era hartó difícil, pues debía simular candidez sin pecar de idiota, y averiguar cosas sin ganarse el recelo de su interlocutor.

Fué al final de unas copas, servidas muy liberalmente, cuando la verdadera conversación de negocios tuvo lugar.

Andreous Righilis mostró con una mano, fofa y gordezuela parte de las mercaderías apiñadas a la vista del federal, diciendo:

—Aquí hay una fortuna, pero cuesta sangre defenderla. Hay feroz competencia, entre mi organización y la de un condenado turco, que me hace la vida imposible. ¡Necesito músculos y sesos para responder a sus ataques!

—Tal vez la Policía no sea lo indicado... —sugirió Bill—. Por mi parte, estoy de vacaciones, y Grecia...

—¡Usted es la Policía! —replicó Hartmann, casi agresivo—. Ayúdenos, y nadie dirá la menor cosa; sobre todo porque no llegarán a enterarse de nada.

—Puedo tomarlo por una semana o dos —dijo Andreous, el negociante en géneros orientales—. Luego, si da juego, para toda la vida. El sueldo será de cien dólares diarios, y mil como gratificación a cada éxito logrado.

¡Mil dólares! La cifra martilló, explosiva, en el cerebro de Bill, haciéndole parpadear como si acabase de quedar deslumbrado. Sus puños se cerraron con tal fuerza, que los nudillos blanquearon y crujieron las falanges de los dedos.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, con voz estrangulada por la emoción—. Supongo que no será matar a nadie...

El tono de su voz parecía admitir aquello como algo natural, en el peor de los casos.

—No, mientras que ellos no ataquen. En caso contrario, ninguna ley le prohíbe defenderse.

—No la mía, desde luego —murmuró Bill—. Sólo quisiera saber por qué regla de tres he sido elegido por ustedes.

Andreous Righilis consideró llegado el momento de hablar claro. Diría una parte de la verdad —siempre una parte, tan sólo—, y si el yanqui se negaba, nada podría contra él. De ser un secuaz, convenía que conociese las ventajas e inconvenientes de su cooperación.

—Usted es federal, y nosotros pensamos ampliar el negocio al otro lado del Atlántico. Allí no le pediremos actuar violentamente, desde luego. ¡Sólo con informes y ayuda indirecta!

—¡Eso está bien —concedió Bill—, siempre que no tenga que firmar nada! En caso de lucha..., ¡sepan que no tiro nunca a matar!

La aceptación casi febril y la condición puesta de inmediato demostraban que era feroz lucha agitaba al joven moreno, haciéndole fluctuar entre el entusiasmo y la depresión.

Quizá por ello habló de un modo tan categórico, mientras los

cómplices cruzaban entre sí una mirada satisfecha.

A una señal del apoplético Andreous una puerta de la estancia se abrió para dar paso a cuatro mocetones de rostro atezado, ojos negros y aspecto típicamente heleno. Dos llevaban bonetillos y calzón ancho, luciendo grandes bigotes. Los otros vestían a la moda occidental, y sus trajes denotaban elegancia y coste.

Los cuatro quedaron enmarcados en la puerta, observando a Bill con aire escrutador. Andreous presentó al yanqui.

—Éste es vuestro nuevo compañero, muchachos. Para las empresas especiales. Se llama Bill Templeton, y va a colaborar con nosotros en el rescate del fardo azul. ¡El miserable Mikive encontrará el castigo merecido!

Si Bill esperaba ver algún detalle entusiástico de alegría, se llevó chasco. Los cuatro recién llegados, descritos con nombres bastante complicados para retenerlos completos, no mostraron sino odio. Eso sí: ¡auténtico, feroz!, sus ojos orillaron, lanzando chispazos; se acercaron a Bill, valorando su aspecto físico.

Encontraron a un joven alto, no demasiado corpulento, que apenas destacaba entre ellos gracias a su talla más elevada, de facciones regulares y nariz aquilina, era un buen jefe a quien seguir, si tal era la decisión de Andreous.

Sobre tono, sería agradable verle combatir al lado de ellos, en el ajuste de cuentas que se imponía desde tiempo atrás.

—¿Iremos ahora mismo jefe? —preguntó uno llamado Daidalou.

—¡Sí! Tomad el coche negro y exigidle lo que nos arrebató en Kos. Ahora deben estar reunidos no menos de una docena de bergantes...

—¡No está mal la proporción de doce contra cinco! —murmuro Bill—. ¡Me gusta!

En el acto se ganó, con tan sencillas palabras, el aprecio de sus colaboradores en la violencia. Fue la mejor forma de mostrar su clase, al menos en teoría: ¡la práctica les esperaba, promisor!

—Para cualquier nueva cosa —dijo Andreous, al alejarse el joven—, debe usted entenderse con Gerald Hartman. Es mi segundón, y el le transmitirá mis instrucciones, Hartman se inclinó, con aire obsequioso.

—Procurare que alterne la obligación y el placer, ¿no podemos dejar a su bella esposa abandonada!

—En tal asunto no admito órdenes —advirtió Bill—. ¡Aceptare las sugerencias o las rechazaré, según se tercié!

Sin mas, se alejó con los cuatro mocetones, que se encaminaron ya hacia la colosal cochera del comerciante de tapices y cerámica oriental.

Era un cobertizo inmenso, donde se veían vanos camiones de mucho tonelaje y vehículos de turismo en número regular.

Uno de los que acompañaban a Bill abrió la portezuela de uno grande y de color negro, sedán, explicando sus ventajas:

—Debemos actuar por sorpresa —dijo— y con energía. —Pero si las cosas se ponen mal y necesitamos huir..., ¡el coche está blindado!

—Entonces elijamos otro —denegó Bill—. ¡Se lucha con más ahínco cuando se sabe que la escapatoria es imposible!

Un cuádruple gesto de extrañeza se plasmó en las fisonomías de los muchachotes del país. Luego, dos lanzaron una risotada jovial, dinámica, y el tercero palmeó con simpatía la espalda de Templeton.

El cuarto, el que proponía asegurarse contra un ataque, agachó la cabeza y no dijo nada. ¡Su rictus, decidido y enérgico, al dirigirse hacia el otro vehículo —un descapotable—, fue la mejor respuesta!

Por el camino, Bill fue informado detalladamente de que el turco Mikive tenía un almacén similar al de Andreous, situado en las afueras. Debían acudir al rescate del paquete azul, de cuyo contenido ninguno de los dos mocetones quiso hablar espontáneamente, y el federal era bastante discreto para no suscitar sospechas.

Bajo la hábil dirección de Daidalou, el coche se deslizó como una saeta hacia el sudoeste, en dirección al mar. Parecía como si fuese a dejar Atenas e incluso la zona continental, penetrando en el Peloponeso.

Quince Kilómetros bastaron para situar a los integrantes del comando en las afueras, desde donde apenas se veían, a lo lejos, en la penumbra del atardecer, las colinas del Olimpo y el Stadium. A la izquierda, el Jardín Nacional era una mancha verde y confusa.

—Aquí es —murmuró uno de los acompañantes de Bill—. Mi nombre es Papachrysanthou, y quiero actuar a tu lado...

—Lo harás —contestó el federal, ignorando si la oferta escondía

deseo amistoso o ansia de vigilarle.

Ya conocía bastante en detalle las características del lugar que pensaba visitar. Varios de los que le acompañaban en la expedición de castigo habían sido servidores del turco, y muchos escirros de Mikive estuvieron empleados con Andreous. Al parecer, cambiar de sector era el procedimiento ideal para ganar un ascenso.

¿Seguiría tal posibilidad fomentando traidores al lado del federal?

Sólo se veía, de forma destacada, un edificio parecido a un hangar. En la fachada de la enorme construcción, adosada a una puerta, se veía el rótulo de «Entrance». ¡La «salida» no se veía por ninguna parte en aquella encerrona voluntaria!

Después de explicar cómo pensaba actuar, Bill estaba seguro que, de lograr un triunfo inicial en el empeño, se veía rodeado de adictos, su plan de batalla era, simplemente, avanzar sólo contra los adversarios que pusiera el turco frente a él, tanto si eran doce como doscientos, ¡su valor era su garantía!

Así fue que Bill penetró, por la puerta de acceso, a la nave con categoría de hangar. El edificio era de hierro y cemento, incombustible, y una verdadera fortuna se alojaba en él.

Difiriendo del negocio de Andreous, el turco se dedicaba con preferencia a la cerámica oriental. La semejanza con su rival demostraba la posibilidad de que existiese tráfico de drogas. Estas llegan de China y Thailandia, a través de los países euroasiáticos y africanos del Oriente Medio.

Bill se acercó al colosal mostrador que dividía en dos el inmenso almacén, era tan ancho que hubiera podido caminar por él en bicicleta, y resultada una muralla defensiva, imposible de violar por sorpresa.

—¿Qué desea —preguntó un individuo mostachudo, hablando desde el otro lado del parapeto.

—Jarrones Ming y Satsuma —pidió Bill, sin vacilar—. ¡Antiguos!

Nadie dudo que buscaba tal cosa. Su actuación solitaria y el aire tranquilo y decidido eludían la posibilidad del ataque feroz que se perfilaba. Bill era su creador y artífice, explorador y general a la vez.

Cerca de una decena de hombres estaban por allí, haciendo diversas labores en el almacén. Ex profeso había sido elegido el

momento en que el público brillaba por su ausencia, pues al griego y al turco no les interesaba que interviniese la Policía en sus asuntos, y solían resolverlos en horas clave.

Varias piezas de cerámica fueron aproximadas al federal por diversos auxiliares de Mikive. Cuando las tuvo a su alcance y esperaron que se decidiera por alguna, habló de un modo increíble:

—Todo esto es basura, amigos. Llamad al jefe y decidle que espero me sirva él mismo.

Destacaba el acento yanqui del presunto comprador, y hubo un cambio de miradas entre los secuaces del turco. Al cabo apareció un hércules redivivo, cuyo sólo aspecto hizo arquear las cejas a Bill. ¡El turco valía por sí solo como todos sus auxiliares juntos!

—¿Deseaba verme, míster? —preguntó a Templeton—. He oído decir que no le agradan mis artículos... ¿Puedo saber quién le envía?

—Andreous Righilis —contestó Bill, apacible—. Lo que quiero, en realidad, es el paquete azul.

—¡Pase a por él! —invitó el turco.

Bill no quiso rehusar la orden, pues tal era. Saltó como a impulsos de una ballesta o fleje acerado, y cuando estuvo sobre el mostrador evitó cuidadosamente la parte central del mismo.

Sabía que de allí podría emerger una barrera mortífera, separándole de cualquier ayuda exterior. El hecho de pisar la zona metálica, dada ya la corriente, suponía quedar electrocutado.

No mostró con precaución o recelo miedo a perder la vida. A la velocidad que subió sobre la pista de madera, saltó del otro lado, encontrándose entre un cerco de asesinos. ¡Los criados del turco habían sacado de común acuerdo los más afilados puñales de que Bill tuviese noticia!

También estaban allí las piezas de cerámica oriental, llevadas a petición de Bill. Con movimientos sincronizados, el joven se apresuró a lanzar varias de ellas en dirección a sus adversarios, que si no le habían atacado aún, el hecho de sacar los cuchillos los retrataba como enemigos.

—¡Cogedle vivo! Quiero hacerme una petaca de su piel...

Era la mejor cosa que podía oír Templeton hasta que tal salvoconducto no fuera cambiado por una consigna de muerte, el federal podía atacar inmunemente a sus rivales. ¡El turco Mikive

conocería los inconvenientes de ser amigo de los refinamientos!

Uno de los cacharros de cerámica oriental voló por el aire, para ir a estrellarse en una testa bestial. Se oyó un feroz alarido, y cierto combatiente dejó de pensar en tal violencia. Rodó por el suelo con el cráneo fracturado.

Bill acababa de obtener su primera victoria, pero no menos de diez individuos y el hercúleo jefe iban ya a sus alcances como una jauría. Eludió el mordisco de un puñal, y se agachó cual si hubiera sido tocado por el acero. Al incorporarse de nuevo tenía entre sus garras al jefe siniestro, cogido por los tobillos. Empezó a ser volteado por el aire.

—¡Matadlo! —corrigió, un poco tardíamente, Mikive.

Sus cómplices no podían obedecerle ahora, mal de su grado. De lanzar alguno de sus cuchillos, corrían el riesgo de acertar al hombre que era volteado de forma vertiginosa, convirtiendo en víctima al extraño juez.

¡No podían intentar otra cosa que hacer rodar por el suelo al federal! Entonces se lanzarían a su exterminio, todos a una.

Lo peor para ellos era que Bill no cesaba de girar, manteniéndose en el centro del aspa viva y protectora. De cuando en cuando empleaba la testa del hombre capturado para golpear a un compinche, sacando nuevos y feroces alaridos de los alcanzados de un modo tan sorprendente.

—¡Quiero su cabeza! —gritaba el que iba a perder la suya a fuerza de testarazos.

Azoradísimos, al oír repetirse la consigna de exterminio, algunos de los secuaces sacaron armas de fuego. Estaban dispuestos a inmolarse al extraño combatiente apenas se detuviese en sus giros.

Entonces Bill clavó las puntas de sus dedos en los tobillos del turco, como si éste acabase de ser víctima de un cepo.

Al grito de Mikive, horrísono y espeluznante, penetraron en aluvión los cuatro mocetones que debían colaborar con Bill. Aprovecharon que la conducta del yanqui atrajo la atención de los comunes enemigos, y saltaron por sobre la trampa eléctrica y las lanzas soterradas, con agilidad y saña de tigres.

La sangre empezó a correr, tumultuosa. Bill vio que uno de sus amigos caía atravesado por múltiples disparos, que se clavaron en su carne, y soltó al turco que fué a aterrizar sobre un rimero de

cerámica. En el acto quedó inconsciente el hércules, y dejó de vomitar amenazas e improperios.

¡Entonces, verdaderamente, empezaba la batalla campal!



---

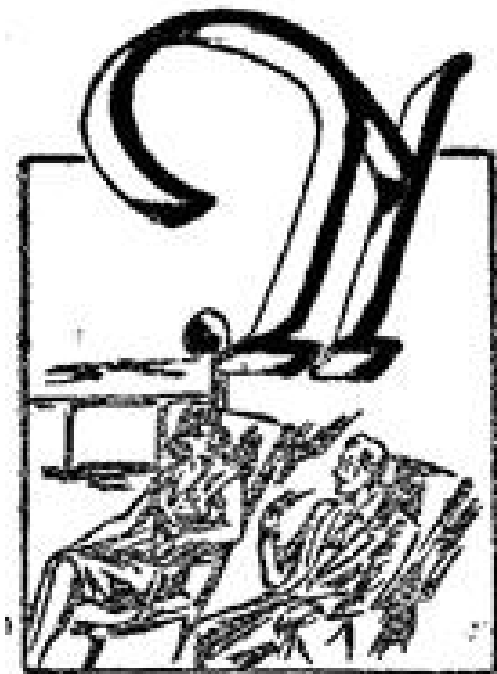
**EDITORIAL ROLLAN**

**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

**Publica:**

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE  
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES  
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO  
MENDOZA COLT — RECORTABLES  
WALT DISNEY

#### IV



UEVE enemigos había frente a Bill y sus colaboradores. Tal desproporción, con ser grande, la aumentaron otros secuaces de Mikive. ¡Incluso un jardinero se consideró llamado a la parte en la feroz pendencia!

Sin embargo, los rivales actuaban en silencio, como fantasmas que dan la muerte. No era lógico volver las armas de fuego al bolsillo, cuando se habían sacado para luchar, y la pelea continuaba; pero las utilizaron sin estruendo. Aparte del «silenciador», que poseían todas ellas, algunas fueron utilizadas por la culata y a modo de mazas.

¡El temor a la Policía frenaba a los atacados más que a los atacantes!

Bill parecía un torbellino, moviéndose a toda velocidad, pasmosa, y sin punto de reposo. Abejorros de plomo y lenguas de puñales trataban de quebrar impíamente sus lances, pero él demostró poseer intuición de estrategia. ¡Sus propios amigos y auxiliares estaban pasmados viéndole combatir!

Luego de dejar al turco sin sentido. Templeton se lanzó hacia lo más nutrido del combate y de la pandilla adversaria. Sus manos parecían acariciar el conjunto rival, y luego se oyó un crujido ominoso. Dos cabezas quedaron totalmente insensibles.

Entonces fué cuando un puñal desgarró le chaqueta del héroe de arriba abajo, y Bill dio la impresión de volverse loco. ¡Su terno mejor, que pensaba utilizar para recepciones en el viaje de novios, arruinado!

Lanzó un alarido que estremeció a propios y extraños, y luego dio ocasión de contemplar un torbellino humano. Parecido a un cohete impulsado por energía atómica Bill empezó a zumbear de un lado a otro a modo de meteoro.

Sólo era posible advertir de él una sombra confusa, en frenético desplazamiento y sus efectos: ¡hombres que caían inconscientes por doquier!

Los aliados de Templeton atacaron de firme por un momento tuvieron la posibilidad del triunfo. Entonces fué cuando llegaron refuerzos al turco, y el mismo Mikive se puso en pie trabajosamente.

¡Había vuelto de la inconsciencia y más rabioso que nunca!

Como una fantástica, máquina de golpear que acertase plenamente los golpes sin acusar ninguno Bill se lanzó al frente de sus ayudantes en y aleccionadora ofensiva. Su primer objetivo fué naturalmente, el jefe máximo del «gang» rival, y nadie osó discutirlo ni disputárselo.

Mientras a su espalda se formaba un caos de voces, puñadas y gritos, y el hangar actuaba como caja de resonancia, los cabecillas de ambas facciones se enzarzaron en silenciosa y furibunda pelea. Comprendiendo los dos que tenían un peligroso rival frente a sí, economizaron sus fuerzas para lograr la victoria.

¡Mikive apretó los labios, y en la línea de su boca, plegada en mueca voluntariosa, se leía una sentencia de muerte!

Ya no importaba al turco guardar un paquete misterioso, y de

más o menos valor material. Había sido vencido por el yanqui. No desistiría en lo sucesivo, hasta aniquilarlo. Orgulloso de su fuerza y poderío, necesitaba lavar la afrenta recibida. Tan grande era su odio que no le hubiera importado quedar en la ruina, a cambio de exterminar al que le derrotó estrepitosamente, usándolo como maza burlesca.

¡Ya no se sustanciaba la liza entre dos pandillas rivales, sino entre sus hombres más representativos!

—¡Te mataré, perro infiel! —rugió Mikive.

—¡Cuídate piojito de Mahoma! —rogó Bill—. El perro puede morderte otra vez.

No era el turco obeso ni fofo, como Andrews Righilis, sino un apretado haz de músculos, que se premia frente al federal r. De nuevo Templeton tenía salvoconducto entre los adictos del hércules, pues éste no hubiera perdonado a ninguno que le ayudase en la pelea. ¡Quería ser él quien fulminara al audaz, y estaba a punto de conseguirlo!

Dos zarpas, semejantes a las de un oso, agarraron a Bill de un modo ciego y brutal. El americano fué zarandeado como una rata en poder de un plantígrado, y todo el edificio atestado de cerámica osciló ante sus ojos mientras que de sus pulmones salía el aire expelido por una fuerza ajena a su voluntad.

¡El invencible iba a quedar exhausto, agotado, antes de recibir el golpe definitivo!

«¡¡Mata!! —pidió al federal su instinto de conservación ¡Hazlo mientras puedas, o Nancy te aguardará inútilmente!»

Es difícil escapar de un tornado, o librarse de una gigantesca tromba. Bill tuvo la impresión de moverse en el interior de un túnel o coctelera infernal, mientras algo desenfrenado llegaba para hacerle pulpa.

Cerró los ojos y concentrando las fuerzas dispersas en definitivo ataque, disparó sus piernas, ambas a la vez, en forma de ballesta, contra el abdomen del poderoso rival.

Sintió el efecto del retroceso en la nuca, y quedó momentáneamente conmocionado. Náuseas horribles le subieron del estómago a la boca, como si hubiera sido víctima de la terrorífica patada. Luego se sintió rodar por el suelo, junto a las piezas de cerámica, mientras algo acudía, a la velocidad de un alud.

¡Mikive Erzingan-Ul-Aziz de Trebisonda, se había recuperado del fantástico golpe —decisivo para cualquier otro— en un abrir y cerrar de ojos!

Item más: en las pupilas del turco se leía una venganza inexorable, tan fatal como la muerte.

Entonces, y sólo entonces. Bill Templeton echó mano al pistolón que guardaba en la funda sobaquera. Dio un alarido al empuñarlo, y si Nancy lo hubiera visto en aquel momento no habría sabido identificar a su propio esposo.

¡No era el hombre apacible y sereno que ella conocía, sino una bestia carnicera que se aprestaba a batallar por la supervivencia!

A espaldas del federal seguía el tumulto de la sarracina. Otro hombre de Andreous cavó para siempre, y el fiel de la balanza se inclinó de nuevo hacia la pandilla del turco.

Sonó un disparo sin asordar, y Mikive crispó las manos cuando estaba a punto de aferrar al extraño paladín. Sus dedos fallaron al rozarle, y una horrorosa maldición salió de sus labios. Después cayó al suelo, cerca de su presunta víctima, girando como un trompo.

Estaba herido y con una pierna inútil, merced al más certero de los proyectiles: ¡el odio!

El

F. B. I.,

ordena no matar, mientras pueda evitarse, y el federal obedeció la consigna en el momento en que su vida pendía de un hilo. Fué su mayor prueba de valor y generosidad; casi suicida.

Desdeñando al hombre que yacía en el suelo, loco de dolor y vomitando injurias, Bill se lanzó en ayuda de sus compañeros de expedición. Papachrysanthou se tambaleaba, acuchillado por cuatro tajos horribles, y Daidalou se veía en mala situación entre dos matarifes.

—¡Cuidado! —gritó Bill—. ¡Allá voy!

Y vertió, de un modo que sonó simultáneo, dos nuevos mensajes de plomo.

Otros enemigos dejaron de serlo, sin perecer. Acertado en el ligamento del codo, uno de ellos arrojó el puñal con el que pensaba fulminar a Daidalou, y el griego pudo escabullirse del cerco mortal. Otro hombre se desplomó a escalas de Papachrysanthou, arrojando sangre y lamentos a la vez.

Igualada la pugna, no era posible vaticinar quién saldría vencedor. Extrañamente, fué el turco quien la detuvo, al sentirse desangrar y perder fuerzas combativas. Tal vez la prudencia le guió, por miedo al estrépito de los tiros del yanqui, y fué su voz tonante la que dio el «alto el fuego». Con ello libró de morir a otros amigos y enemigos.

—¡Quietos! —exclamó—. Dad a esa gente lo que pide, y que se vayan...

En medio de la noche horrenda, de pesadilla y túnel, se vio una luz promisor.

Como de común acuerdo, uniformados por la obediencia, los cómplices del turco depusieron su actitud feroz y bajaron las manos asesinas. ¡De pronto se habían convertido en inofensivos muñecos!

Otra consigna semejante brotó del federal, evitando que sus compañeros convirtieran la pausa bélica en matanza.

—¡Ya habéis oído! —dijo—. Esperemos ojo avizor.

Seis hombres yacían malheridos por el suelo, y otros tantos habían muerto o agonizaban. Sólo dos o tres de la agresiva horda de Mikive permanecían en pie, y Papachrysanthou vacilaba en brazos de Daidalou, formando ambos un triste grupo, que se amparaban entre sí para no caer.

Recostado en el suelo, sangrando por la pierna acertada, Mikive lanzó a Bill una mirada de inextinguible rencor. Iba a ceder ante el federal, pero no le perdonaría nunca.

¡Aquella pausa en la pelea era más dramática que la claudicación de la muerte!

Un hombre de Mikive recibió orden de llevar el misterioso fardo azul causa de la pendencia. Cuando llegó con él, y lo depositó en manos de Bill, éste comprendió que «aquello» tenía que ser opio.

No pesaba apenas, y la encarnizada lucha por su contenido lo denunciaba más valioso que el oro. ¡Casi tanto como si contuviera diamantes en bruto, o esmeraldas!

Se imponía el repliegue y la retirada, con dos hombres heridos y no muy boyante su «capitán».

Sin dejar el revólver de la mano, Bill lo movió a modo de abanico mientras sus amigos se alejaban del almacén. ¡Parecía enfriar el odio de los exaltados, garantizándoles el castigo caso de preparar otra encerrona!

No hubo tal. Cuando sus ayudantes salieron del local, y luego de una pausa desesperante, se oyó al exterior el claxon de un automóvil, el federal empezó a caminar hacia atrás, con lentitud.

Remontó el enorme mostrador, eludió la parte metálica del centro y luego descendió al otro lado del curioso parapeto. Desde allí, levemente amagado, caminó hacia la puerta de entrada.

Un rastro de sangre le indicaba el camino a seguir, si hubiera tenido alguna duda.

—¡Adiós, chicos! —murmuró, con acento de burla—. Estoy seguro que volveremos a vernos...

Mikive no dijo nada, pero sus ojos eran suficientemente expresivos. El resto de sus hombres parecían figuras de cera, y su palidez les identificaba con los pupilos de *madame* Tussaud[1].

Cuando Bill dejó el escenario de la tragedia, actuó con pasmosa rapidez. En una carrera que parecía huida llegó hasta el descapotable y subió en el asiento destinado al conductor.

Sus amigos, al reservárselo, demostraron que no se encontraban en condiciones de guiar: hechos un rebuño, formaban un grupo mínimo e insignificante, conmovedor por las miradas que lanzaron al héroe.

Ambos necesitaban ser atendidos y curados con rapidez, pero no pidieron la menor cosa. ¡Eran griegos, tan estoicos y valientes como aquellos que pasmaron de admiración al mundo antiguo!

Al sentarse en el coche, abandonando la «Lugger» y el fementido paquete azul, Bill empuñó los mandos y el vehículo emprendió un silencioso y veloz desplazamiento. Galoparon, rítmicos, los caballos de vapor, y la pista fué arañada por garras de caucho.

Un rato después, inconmensurablemente lento para los que sufrían, el coche llegó ante la vivienda de Andreous.

Ya no permanecía allí el cauteloso Gerald Hartmann. Sabedor de que se preparaba un «raid» sangriento, regresó al hotel, para probar de modo indiscutible su coartada. ¡Andreous Righilis tenía suficientes testigos con sus cómplices!

Precisamente estaban esperando ya el retorno de Bill y los cuatro elementos del comando. Al ver llegar un coche descapotable, Righilis sufrió cierto sobresalto; pero sus ojillos cerdunos brillaron de gozo al observar el paquete que Bill recuperó.

El elegante joven tenía tan destrozadas sus ropas como si

hubiera caído de un carro alucinante, apocalíptico. Su chaqueta colgaba en tiras, y había otras señales de que la victoria fué precedida por una horrenda liza.

Sin embargo, iba a ser otro —que no él— quien explicase de un modo dramático lo sucedido.

—Hemos triunfado, jefe... —murmuró una voz, débil como un soplo—. Gracias a este valiente... americano...

Papachrysanthou habló, y aquéllas fueron sus últimas palabras. Desde el pescante del coche, donde se había enderezado merced a un esfuerzo sobrehumano, cayó a tierra como algo inerte que se desploma.

Daidalou no pudo ni levantarse del asiento, aunque estaba en mejores condiciones de hacerlo. ¡La hemorragia había sacado de sus venas gran cantidad de líquido vital!

—¡Fué horrible! —murmuró—. Los otros quedaron allá, muertos.

¿Iba a contarse, también, entre el número de los caídos? Transportado al interior de la casa-palacio y almacén —mientras Righilis procedía a guardar el fardo azul—, fué atendido con la rapidez y atención que merecía. Así se logró un superviviente, fuera del federal, en la aventura de cinco desesperados.

Luego de cerciorarse de que el objeto rescatado permanecía con los precintos de origen y que nadie había pretendido sondear su interior, Andreous habló al americano:

—Deme informes, amigo mío. Debió ser horrible, y no comprendo por qué no se llevaron el coche blindado.

—Tal vez soy culpable de lo sucedido a los otros... —murmuró Bill—. ¡Claro que no hubiésemos podido entrar, con vehículo y todo, en el negocio de Mikive!

Luego, con voz lenta y reflexiva, pasó a dar la explicación que pedía su jefe accidental.

Andreous oía, atento, las incidencias del relato. Afirmaba y disentía con rápidos movimientos de cabeza, y al hablarle el federal de la conducta del turco, llegó a estremecerse.

¡Sentía pánico, y eso que no había sido él su oponente! ¡Tenía miedo, pese a que Templeton no reflejó las escenas con el dramatismo que fuera en realidad!

—Le daré los mil dólares ahora mismo —dijo, cuando el audaz

agente acabó su explicación—. ¡Bien los merece, diablo!

—Son más de mil...

—¡Sí, claro! Mil cien —concedió la bola de grasa, luego de unos segundos de reflexión—. No faltaría más...

—Falta más —replicó Bill, como un eco—. ¡Son cinco mil o nada!

El griego sufrió notable sobresalto al oír la suma total. Hizo bailar los párpados nerviosamente, pero no manifestó con palabras su estupor. Después de una breve meditación, se levantó y puso sobre el hombro del federal una de sus manos grasientas y fofas.

—No reñiremos por eso —prometió—. Tendrá los cinco mil, desde luego...

Bill sintió más repugnancia al contacto del tipo que cuando peleaba en lucha a muerte contra Mikive. Empero, dominó su repugnancia y se limitó a pedir algo increíble:

—Quiero que me los dé ante Daidalou y los otros. En cuanto a los cien dólares diarios, renuncio a ellos mientras siga a sus órdenes. ¡No quiero estar a sueldo!

Una sonrisa curvó la boca del obeso. Echando rápida cuenta, comprobó que de aquel modo pronto recuperaría los cuatro mil dólares extra exigidos por el federal.

No habían acabado aún sus sorpresas, y pronto iba a tener una prueba más de cómo se comporta un hombre del  
F. B. I.

¡Aunque sea, eventualmente, miembro del hampa!

Al recibir de modo solemne la suma pedida ante el entrañado Daidalou y los otros comparsas, Bill se limitó a guardar los mil dólares que le correspondían, según el convenio.

Luego entregó igual cantidad al herido —y los billetes que le restaban—, con estas sencillas palabras:

—Tú también has ganado la recompensa, amigo —no mentía al hablar así, por dirigirse a un valiente—. Estos otros dólares, te encargo repartirlos a las familias de Papachrysanthou y los otros, a título de indemnización.

—Pero es que yo... —quiso atajar Righilis.

—Usted hará lo que le parezca con su dinero —contesta Bill con cierta serenidad—. ¡Del mío dispongo yo como quiero! Ahora... me voy al hotel, necesito descanso.

Andreous crispó las mandíbulas, pero no dijo nada más. Lamentaba la suma «malgastada» —según él— y que el federal hubiese hecho ante sus hombres algo que le granjeaba su devoción. Volvió a desconfiar peligrosamente de Bill, y a poco de alejarse el federal acudió al teléfono y marcó el número de King George.

Acuella, noche tuvo la aventura un curioso colofón. Cuando el meticuloso Bill se presentó ante su mujer en mangas de camisa, Nancy desorbitó los ojos al ver su desastrado aspecto. Corrió amorosa hacia él y comprobando que sacaba de entre sus zarrias una diadema de oro con piedras preciosas rústicamente engarzadas, estuvo a punto de rechazarla.

—¡Te has vendido! —exclamó—. ¡No quiero este obsequio!

—Acéptalo, querida —dijo Bill, con grave ademán—. ¡He arriesgado la vida por conseguírtelo!

—¿A cambio de tu libertad de acción? —preguntó la bellísima mujer—. ¡No! ¡Jamás luciré algo que me recuerde tu caída en poder de unos miserables! Eres un federal...

—Ahora estoy de vacaciones —silbó Templeton iracundo—. Mis jefes de allá jamás me pagan los rasguños que recibo a su lado: éstos, en cambio, saben compensar. Los estimo lo que valen, como debes hacer tú conmigo. ¡Toma, y no empecemos una tragedia griega!

Nancy, desesperada y sintiendo aversión hacia el hombre con quién había unido su destino, tomó la diadema, con intención de arrojarla a la calle. Incluso llegó a abrir una ventana, pero el aire nocturno la hizo reaccionar. Tal vez fué la visión fugaz del anillo de esponsales que lucía en la mano derecha.

¡Ella prometió fidelidad también! Si Bill no cumplía, colaborando con el crimen, necesitaba demostrarle que aún hay clases.

Guardó la joya bizantina —auténtica—, con la secreta ilusión de no lucirla jamás. Se tragó asimismo las palabras de reproche que acudían a su boca, y con un suspiro pudo frenar sus primeras lágrimas de esposa.

¡Estaba amarrada a Bill por los férreos grilletes del deber!

—Olvidemos este incidente —dijo—. Tú eres quien manda, al fin y al cabo. Empero, prométeme que no volverás a actuar a las órdenes de criminales y que seguiremos nuestro itinerario nupcial.

—Te prometo no último —habló Bill acercándose—. ¡No me pidas otra cosa, Nancy!

Hubo un nuevo conato de rebeldía, y entonces sí que se deslizaron lágrimas —al vencerlo— de los ojos de la mujercita. Viéndola a punto de estallar de ira o de emoción dolorosa, que igual daba... Templeton supo mostrarse singularmente persuasivo.

—Yo me casé contigo porque eras dulce y comprensiva —dijo—, y tú porque estabas segura de que te amaba. Nada de esto ha cambiado, querida mía. ¿A qué complicarnos la vida con vanas preocupaciones?

—Es que yo... —susurró Nancy.

—Tu eres una criatura adorable que llevas a tu marido por donde quieres —replicó Bill, atrayéndola—. Recuerda... ¿Quién deseó comprar la diadema en el mercado callejero? ¿Quién pidió la muñeca de Anatolia, como sustituto de un afán maternal? ¡Tú! Pues bien... dedícate a vivir e imaginar cosas felices mientras yo trabajo.

Sus argumentos calaron hondo en el corazón de Nancy, que se debatía, peligrosamente entre la fe eleva y la desconfianza. Al cabo no se oyeron en la habitación sino cuchicheos y murmullos, que no tenían relación con Atenas ni los sagaces o malvados alquiladores de Bill.

El federal triunfó, una vez más, porque ahora tenía ante sí un corazón enamorado.

Cierta sombra, confusa, acechante, abaldonó el asidero de un balaustre para pasar —de un modo lento y clandestino— hacia una habitación continua. ¡No le interesaba, lo que en adelante sucediera, porque iba en pos de Bill y no de su esposa!

Un hombre hizo regates al abismo, y el asfalto que brillaba cuatro pisos más abajo esperó inútilmente su presa. Al llevar a su destino, el furtivo marcó un número de teléfono y habló con voz que parecía otro siseo:

—¡Está en el bote, jefe! Ha tenido una discusión con «ella»; pero triunfó. ¡El premio le hará más nuestro cada vez!

—No estoy tan seguro —contestó Righilis, al otro lado de la línea—. Lo malo es que nos hace falta, y que ha demostrado valer.

Luego se oyó un «clic» y la conversación cesó. Hartmann se sumergió plácidamente entre sábanas, mientras que en la «suite» contigua se oían suspiros a favor de la romántica Grecia.

Bill había vencido por el momento. ¿Seguiría triunfando en el futuro?

## V



L «Kilkis» llevaba todo el velamen desplegado, aprovechando la brisa. Pese a tener motor diésel, se empleaba el medio más elemental de navegación para que ni el ruido de las máquinas ni el olor de la combustión alterasen la placidez del viaje.

Nancy expresó, con acertadas palabras, sus pensamientos:

Nancy y Bill parecían ser los únicos pasajeros a bordo, aunque Righilis y su lugarteniente ocupaban sendos camarotes y la tripulación era numerosa. Por orden del «boss» se trataba de crear a la pareja la ilusión de que se hallaban solos, a fin de que nada les distrajesen de su ensueño de amor.

Los miembros de la pandilla aceptaron con agrado la consigna de su jefe, no ya por respeto y temor, sino porque el federal estaba a

punto de convertirse en ídolo. Ya se habían divulgado su generosidad y audacia, y, de haber dos facciones —acaudilladas por Righilis y Templeton—, no faltaban adictos a uno y al otro.

Empero, no habría escisión. Muy al contrario, se necesitaba toda la fidelidad y ahínco de los contrabandistas: aquel viaje de placer escondía un designio por parte de Andreous y, además, el turco no había olvidado el prurito de la venganza.

¡El ataque tendría lugar antes de que el «Kilkis» estuviese a la vista de Creta, lo bastante alejado de tierra para que el ruido de las detonaciones no se oyese ni nadie acudiera al socorro!

Iba a ser un alucinante ajuste de cuentas, en el que mediaba una mujer enamorada y feliz. Jamás un ensueño tendría tan horroroso despertar.

A unas cincuenta millas estaba Creta, invisible aún, y ya se perdían al fondo los islotes recién visitados. Fué entonces cuando, extrañamente, Andreous apareció en cubierta, llevando unos prismáticos de largo alcance.

El griego vestía impecablemente de blanco, y tuvo para Nancy una suave inclinación de cabeza, semejante a las que le dirigía al coincidir en la mesa del yate o durante las veladas. El resto del día estaba, encerrado en lo que llamaba pomposamente su «cuarto de trabajo», aunque Bill sospechaba que dedicaba a dormirar buena parte del tiempo.

En aquella ocasión le acompañaba Hartmann, quizá para hacer más notable la rareza. El oficioso segundón besó la mano a Nancy, con el mismo entusiasmo que si acabase de verla por primera vez en el comedor del King George.

—Hermoso día —comentó Righilis, para iniciar el diálogo—. ¡Abajo hace calor!

—Acaso pega demasiado el sol —dijo Hartmann.

—Sería oportuno un baño... —añadió Bill Templeton.

Gerald parpadeó al mirar al jefe, que dominó a duras penas su inquietud. No tenían nada de extraño las palabras de Bill ni exigían la detención del yate para refrescarse, pero... ¡era precisamente aquello lo que tramaban los cómplices!

El hecho de facilitar su intención el federal, mediante el comentario, puso en sus ideas cierta vacilación y recelo.

Empero, Righilis sabía obtener provecho hasta de una

contrariedad. Propuso, con vez almibarada:

—¡Qué me place! Podrá bañarse el que quiera, diablo. ¡Detengan el yate!

—¡Arrien velas! —ordenó Hartman como un autómata.

Varios hombres activos, eficientes, subieron a cubierta para realizar la maniobra con rapidez. El «Kilkis» siguió navegando unos minutos, a favor de la inercia, y luego empezó a balancearse suavemente.

Entre la tripulación corrió la voz de que el capitán permitía zambullirse, y una docena de marinos aparecieron con traje de baño o calzón deportivo. Hubo hasta quien llegó provisto de equipo acuático de buceo, llevando en las manos un fusil-arpón y a la espalda los cilindros de oxígeno.

Nancy palmoteó, ilusionada, ante la novedad.

—Confórmate con mirar, querida —siseó Bill por un lado de la boca.

La esposa desorbitó los ojos, sorprendida. Luego se echó a reír, demasiado ruidosamente para el gusto del marido.

—¡Apuesto a que eres celoso también! —exclamó ella—. Cada día advierto nuevas facetas en ti.

Los tripulantes estaban a punto de sumergirse y se lanzaron de un modo brioso, espectacular, desde el bauprés. Sus risas y comentarios hicieron elevar a Bill el tono de voz; así que fué oído por Righilis, aunque parecía muy ocupado con sus gemelos.

—Yo no me bañaré, al menos. ¡Hazlo tú si te apetece!

«Desde luego que no sospecha nada» —pensó Andreous, sintiéndose más tranquilo.

Tal vez asustaba el agua al federal. Todo era posible en aquel hombre extraño, que le hacía fluctuar entre un entusiasmo frenético o la vacilación.

A poco sucedió algo que distrajo al griego de sus meditaciones, precisamente lo que estaba esperando desde hacía horas. ¡Dejó de pensar en Templeton de modo inmediato!

Por el Este avanzaba, a toda marcha, un barquito pesquero a motor: el «Samotracia». A simple vista era difícil divisar las figurillas humanas que se agitaban en cubierta, pero sobre el palo mesana se veía una bandera ondear al viento.

Era la señal, que justificaba la autorización de un baño colectivo

a la marinería y también la satisfacción de Righilis al comprobar que Bill no pensaba zambullirse.

¡Los amigos llegaban, con su exactitud habitual, en busca de la nave contrabandista!

Todo aquel viaje, ofrecido al federal y su esposa a modo de obsequio amistoso, tenía un objeto bien definido. El pesquero, llegado desde las costas orientales, se dedicaba a un negocio más lucrativo. A varios días de navegación de la patria realizaba una doble tarea, de la que Templeton iba a ser un curioso e inocente espectador.

Era la prueba de que Righilis no se dedicaba al contrabando de drogas, justo cuando estaba haciéndolo, y el contrasentido hizo sonreír al griego, estirando la piel de sus mejillas.

Un cuarto de hora después podía verse a simple vista a los que ocupaban el pesquero, eran gente humilde, tosca y mal vestida, a la que atraía la presencia de un yate de recreo. Lo demostraron agitando las manos en gesto de salutación, y el capitán del «Samotracia» tomó un megáfono al ordenar colocarse al paio.

Fué entonces cuando el hombre-rana salió a la superficie, después de la inmersión que Nancy observara con curiosidad y temor. ¡Quince minutos de buceo es una proeza, que ni los profesionales prodigan en sus trabajos de exploración submarina!

Acudía con varios peces capturados con el fusil-arpón. La mayoría de ellos eran bocado exquisito, y algunos coleteaban aún, haciendo esfuerzos por desasirse del gancho que taladraba sus entrañas. El nadador, como un detalle más de su habilidad, agitaba una langosta de buen tamaño.

—Para usted, *miss* —dijo, al acercarse al yate—. ¡Espero ofrecerle algo mejor, si hay suerte!

—¿Vas que va a sumergirse otra vez? —preguntó Bill—, te expone a la narcosis del nitrógeno, que...

—No pase apuros, Templeton —cortó Gerald Hartmann—. ¡Alexandro sabe que lo que se pesca!

La frase fué coreada con risas por Andreous, aunque no tenía nada de original. El federal apretó los labios y no contestó, limitándose a doblar el cuerpo en la borda para alcanzar los obsequios para Nancy. Ella daba grititos de placer al sentir el roce del crustáceo en su piel.

—¡Maravilloso! —exclamó—. ¡Gracias, amigo!

Ya el «Samotracia» estaba cerca del yate, y el capitán del pesquero hablo con voz tonante:

—¡Buen día, señores! Si desean pesca especial, se la venderemos a buen precio...

—Veamos —admitió Righilis, como indeciso.

Los dos barcos quedaron frente a frente, pues el humilde se acercó hasta casi tocar al poderoso. Su puente aparecía atestado de pesca, que brillaba como plata al quitar el toldo protector de las banastas.

Meros y lobarros, sollos y lenguados, alguna lamprea y lubinas, se amontonaban allí debidamente clasificados. Los marineros empezaron a elegir con habilidad en los diversos capazos, y el patrón del pesquero empleó un tono convincente al elogiar su mercancía:

—Los pondré a cien dracmas el kilo, unos con otros, ¡es la flor del Egeo!

Bill Templeton miraba tan curioso como los demás, y algunos de los bañistas treparon ágilmente para presenciar la curiosa negociación en el mar. Andreous habló con el ademan propio de un hombre rico.

—¡Conforme! Elijan bien el pescado y lo pagaré a ese precio.

Varios «hurra» brotaron de la marinería del pesquero, y Nanay observó los ejemplares que llegaban hasta ella como un ama de casa.

Algunos pescados palpitaban aún, agitándose entre sus congéneres muertos. Un gran calamar escapó del cesto y alguien lo golpeo contra cubierta para volver como un calcetín el cuerpo que buscaba el mar en un intento desesperado.

Andreous hizo una seña, y Hartmann entregó al capitán del «Samotracia» unos cuantos billetes. Bill hubiera podido jurar que había lágrimas en los ojos del hombre del megáfono al recibirlos; pero no resultaba fácil asegurar si eran de gratitud o de júbilo.

Sintió, eso sí, la impresión de que estaba haciendo el ridículo; de que todo aquel cambalache era una gigantesca farsa y él mismo el único espectador entre bastidores.

Al poco rato el pesquero continuaba su marcha, y los del yate descendieron a los camarotes para vestir sus ropas de faena. Sólo

quedaba en el agua —visible— un pequeño grumete y el buceador empeñado en conseguir para Nancy un obsequio mejor.

¡Tal vez el hombre-rana ni se hubiera dado cuenta, en su ansiedad, de la llegada del pesquero ni del comercio que se hizo en la superficie!

Así parecía, al menos. Cuando surgió, llevando entre las manos una pequeña tortuga, tuvo sus apuros para ser izado con ella sin soltar el fusil-arpón. Luego, al pisar cubierta y ver el conjunto de pescados, miró a Nancy como pidiendo una explicación del misterio.

Aún se veía al «Samotracia» a lo lejos, y la joven lo señaló con gesto simpático.

—Hemos hecho negocio mientras que usted buceaba para mí —dijo—. No es necesario jurar que agradezco más su obsequio, por lo que tiene de esfuerzo personal.

Bill ayudó al nombre a despojarse de los balones de oxígeno que llevaba a la espalda y advirtió las manchas rojizas que presagiaban la intoxicación de ázoe. Hizo al individuo tumbarse en su litera, y allí le propinó las friegas más enérgicas que el buceador recibiera en su vida.

—Ya estoy bien... —exclamó, jadeando—. ¡Gracias, míster Templeton!

—Arrópate y suda, muchacho —replicó el federal muy serio—. Un trago de alcohol te vendrá bien, y descanso.

Cuando terminó el masaje ya no se veía al «Samotracia». Empero, como si hubiera sido fatal una compensación, otro barco apareció por el horizonte, avanzando a toda máquina hacia el «Kilkis».

Era un yate semejante al del griego, pero de más tonelaje y mayor velocidad.

Resultó que Righilis no esperaba aquello, pero el federal permanecía ojo avizor y lo vio en seguida. ¡Tal vez temía su entrada en escena!

Tomó de manos de Andreous los prismáticos y murmuró:

—Perdone..., creo que tenemos otra visita.

Y enfocó el magnífico Zeiss hacia el Este.

El griego sufrió un gran sobresalto. Hombre tranquilo por naturaleza, semejante a un idolillo vivo, dio muestras de una

curiosidad y nerviosismo extraños. Arrebató los gemelos al federal, y, enfilándolos, miró por ellos con avidez.

Una frase indescifrable —mezcla de súplica y maldición— brotó de sus gruesos y sensuales labios. Bill tuvo la certeza de que su amigo y jefe acababa de recibir un golpe moral. ¡Aquella vez no fingía, como hizo cuando se dedicó a la compra de pescado!

Al grito de Andreous, la cubierta se llenó de gente y algunos marinos subieron a los botalones para observar con más facilidad. Templeton estudió el rostro de sus amigos y no el barco, desconocido para él: en la expresión de quienes miraba tenía la mejor pista de identificación.

El enemigo llegaba, y Nancy iba a encontrarse en pleno derroche de violencia.

Pese a su lógica ansiedad y tortura mental, Bill no hizo un gesto que pudiera traicionarle. Sacó su pitillera y gastó unos segundos en elegir un cigarrillo entre los que formaban la provisión. Los dedos no temblaron, aunque en su interior sentía el aventurero todo un infierno.

—¡Imbécil! —murmuró Andreous hablando a su segundo en griego—. No sospecha lo que le aguarda...

—¡Exacto! Le irán las cosas peor que a nadie —contestó Hartmann en el mismo idioma—, porque Mikive ha jurado exterminarle. No vendrá mal al turco, de propina, llevarse a la mujer.

—En ese caso, quedará el competidor en nuestras manos. Prácticamente cesará la rivalidad, si podemos acusarle de asesinato y secuestro.

Dos malvados estaban echando cuentas, en voz baja a base de la vida de Bill Templeton y la libertad de su esposa. Apenas sentían miedo, aversión o recelo: creían el asunto zanjado con una sencilla rendición o parapetándose en sus camarotes, mientras los que avanzaban cumplían su acción de vindicta y de saqueo.

Bill imaginaba muchas cosas, infinitamente más de lo que sus cómplices suponían. Encontró sospechosa la oferta de usar el yate, la presencia en él de Righilis y su absurdo aislamiento. Halló rara la venta de pescado en alta mar, el buceo, la natación, y luego la misteriosa charla de los dos rufianes.

Le bastó aguzar el oído para enterarse de lo fundamental: no

ignoraba el griego, como aparentó, y le costaba más dominar la furia que fingir ignorancia.

¡Pensar que los malditos contaban con Nancy como salvoconducto enloquecía, su cerebro, mientras aparentaba fumar plácidamente!

Cierto que nada le impedía defender lo suyo, y lo haría, pese al egoísmo y la traición confabulados, aun contra los deseos de Bighilis, de Hartmann e incluso de la marinería de ambos barcos.

Nancy era para él lo más importante, y, como en la huida no se podía confiar —dada la mayor velocidad del yate enemigo—, era preciso sustanciar la cuestión a tiros.

¡Estaba seguro, también, de que Mikive no se conformaría con una victoria parcial!

Al parecer, el malvado turco se dedicaba a espiar las andanzas de Andreous y de sus hombres, limitándose a privarles de parte del botín o de su totalidad.

No era mal negocio, supuesto que Bighilis pagaba las drogas y no podía denunciar su robo a las autoridades, pidiendo protección para géneros de comercio ilegal y contrabando.

El negocio de ambos miserables no tenía desperdicio, descontada su propia rivalidad y competencia: Andreous compraba narcóticos en Asia y Mikive se los arrebatava en Europa, ahorrándose él pago de los mismos y el transporte.

Un tripulante murmuró en voz amenazadora el nombre del turco, y Bill, que esperaba ansioso el momento de intervenir, tuvo un repentino arranque de furia. Dirigiéndose al marinero, le cogió de los hombros, zarandeándole con brusquedad. Empero, no había inquina hacia él en los ojos del federal.

—¡Habla! —exigió—. ¿Es de Mikive el barco que viene a nuestro encuentro?

—¡Sí! —contestó el tipo, congestionado por la ira—. ¡Malditos sean él y todos los suyos!

—Espero que no te limites a maldecirlos —esbozó Templeton—. Yo, al menos, necesito armas de largo alcance para repeler el ataque.

—¡Bravo! —exclamó otro individuo—. Llevando al americano con nosotros sería capaz de abordar a ese miserable.

Era Daidalou —la gratitud— quién hablaba. Una semana

después de recibir la inesperada recompensa daba al federal muestras patentes de aprecio.

Al oír a su compañero de aventuras —al hombre que escapó de milagro a la muerte y no temía volver a enfrentarla—, varias voces entusiastas corearon su decisión. Docenas de puños se alzaron en afán de lucha, y Andreous comprendió que la rendición sería imposible.

¡De ordenarla, el federal produciría un motín entre la tripulación del «Kilkis» a favor suyo!

Como posesos, los tripulantes se lanzaron hacia las escotillas en dirección bien definida. Iban al arsenal, provisto de carabinas y rifles en un «viaje de placer». Aquel detalle acabó de confirmar al yanqui en sus sospechas: Andreous estaba preparado para una expedición bélica en cualquier momento.

Fué un punto más que añadir a los que había sumado ya, y entre los cuales las manchas de herrumbre en manos de un pescador submarino no era detalle baladí, por cierto.

Destacaba ya la arboladura del navío agresor cuando el «Kilkis» parecía un erizo, artillado y dispuesto a defenderse en lucha rabiosa. Nancy había recibido orden de bajar a su camarote, y esperaba ver desde allí el combate en que no la permitían intervenir; pero al dar el timonel un giro de noventa grados quedó bloqueada y a salvo.

Todo el barco se hizo parapeto de la bella y le protegía como una profunda trinchera.

—Al menos serviré para curar a los heridos, si los hay —murmuró—. ¡La verdad es que no tengo miedo!

Nancy no era cruel ni deseaba la violencia. Sin pánico, y ya que una excitante aventura se presentaba, lo dispuso todo para tomar parte en ella.

De momento, con gasas, antisépticos y vendajes. Luego, si la cosa empeoraba para su esposo y amigos, tomando las armas vacías y repostando la munición. Después, en último extremo, atacando al común enemigo con la valentía y denuedo que los demás.

Pero no. En último extremo no haría eso, desdichadamente.

Si Bill y los suyos caían, le quedaba la posibilidad de arrojarle al mar. ¡No caería en manos de la turba atacante!

Y no es que pensase en el suicidio como medida extrema: lo que

un hombre había hecho, ella lo haría. Cuando todo estuviera perdido —¡absolutamente todo, menos el honor!—, usaría el equipo de inmersión para lanzarse a las profundidades. ¡De allí la sacaría Dios, si era servido en su infinita misericordia!

Una ametralladora rompió la tensión en que la joven se abismaba poco a poco. Deshizo el silencio agobiador, que le causaba mayor daño, y fué tal el efecto de sus ráfagas, que hasta el pulso se detuvo en un pecho de mujer.

El ra-ta-tá del arma automática constituía un cántico bárbaro, los acordes finales del viaje nupcial de dos seres felices, nacidos para amarse. Sonó como un reto y alarido de victoria, que tendía a destruir el valor y las vidas humanas a la vez.

## VI



IN una voz de aviso o de amenaza se habían roto las hostilidades.

De la embarcación de Mikive surgió la primera andanada mortal, y aunque las gentes de Andreous estaban parapetadas, corrió entre los atacados un escalofrío de terror. Dispuestos a la violencia y habituados a ella desde tiempo atrás, la esperaban, pero no aquel derroche de medios bélicos ni la sustanciación de una antigua rivalidad mediante el aniquilamiento total del adversario.

Righilis se había quedado tan blanco como el papel. No era su fuerza la valentía, y entonces comprendió que la idea de entregar al federal —incluso a su esposa— para calmar al enemigo era absurda.

Como respuesta a la adquisición de un hombre duro,

prácticamente invencible, el de Trebisonda aspiraba a sepultar los ocupantes del «Kilkis» en el mar.

Mikive llegaba a por el pellejo de todos sus fieles y de él mismo.

¡La competencia criminal debía sustanciarse en forma decisiva en aquel mismo punto y hora!

—Pero él no tiene nada contra mi... —farfulló, hablando sin convicción—. Yo... ¡le daré cuánto poseo!

—Es su vida lo que quiere —vaticinó Hartmann, no menos atemorizado que el jefe—. ¡La de todos!

Tras de las primeras ráfagas bélicas, un silencio ominoso y terrible se hizo en el mar.

Los secuaces de Righilis aguardaban instrucciones, apretando con frenesí las armas de fuego. Miraban al contrabandista, y a Gerald, esperando la orden de repeler el ataque, y en sus mandíbulas crispadas, en los dedos dispuestos a volver golpe por golpe, se adivinaba una feroz determinación.

La quietud del enemigo indicó que había una posibilidad aún: la de rendirse, mediante un breve parlamento.

¿Quién sería el audaz que asomase a la borda, agitando bandera blanca? El yate de los asesinos estaba más cerca cada vez y era evidente que los minutos perdidos tenían consistencia de siglos.

El yate agresor se dirigía recto hacia el «Kilkis». Debido a su mayor tonelaje y marcha veloz, el espolón causaría horribles destrozos en el casco del navío. Dentro de poco se desparramaría por cubierta la turba de asesinos, repartiendo plomo a los que esperaban agazapados.

—¡Luchemos! —dijo alguien, escondido cerca del timón—. Es mejor cuanto antes...

No fué Templeton quien habló, sino su amigo Daidalou. El federal callaba, aguardando las órdenes de quienes le alquilaron, aunque para él tenían los segundos más dramática intensidad.

La integridad y la vida de Nancy se sustanciaban en aquel duelo bárbaro y salvaje, pero aguardaba. ¡Quería saber la reacción de sus jefes actuales!

—Mejor parlamentar —corrigió Andreous, pálido como un muerto—. ¡Tú, Daidalou, asómate y habla con ellos!

—¡Lo haré! —contestó el valeroso griego—. Lo prefiero, antes que seguir agazapado como un miserable.

—¡No! —exclamó Bill, a la sazón—. ¡Seré yo el que lo haga!

Y salió de su atisbadero, empuñando el rifle que le habían confiado, para combatir, en una pelea que debía sustanciarse a distancia.

Todos advirtieron la gallardía de su actitud. Sin embargo, el enemigo no estaba para representaciones heroicas, y es posible que el federal hubiera caído por tierra —barrido canallescamemente— de no producirse en aquel momento un milagro. Así lo consideraron dos hombres que estimaban el pellejo sobre todas las cosas.

Fué Nancy —¡una mujer!— quien apareció al lado de su esposo. Desoyó el mandato de permanecer refugiada, y sin sombra de pánico se acercó al valiente que se disponía a jugarse la vida. Lo protegió con su cuerpo, y estaba dispuesta a caer con él si la ráfaga asesina volvía a entonar su canto destructor.

Ya un dedo se crispaba para asestar una rociada trágica sobre la cubierta del «Kilkis» cuando se oyó una voz tonante a bordo del navío turco. El acento rotundo de Mikive sonó como una trompeta.

—¡Quieto!

Un asesino detuvo su mano en el gatillo del arma automática, evitando que las serpientes metálicas escupiesen veneno.

Bill sujetó por los hombros a su esposa y la hizo quedar detrás de él. No disminuía por ello el peligro de la joven, pero se hizo patente el gesto del esposo.

Con voz firme y reposada, en la que no había pánico, Templeton habló. Sin necesidad del megáfono, sus palabras sonaron tan firmes como las del perverso Mikive:

—¿Qué buscáis? Decidlo, antes de que os pese tan cobarde agresión.

¡No intentaba contemporizar con los rivales, sino que llegó a insultarlos! Tal cosa excitó la fibra combativa de muchos aliados e hizo bañarse en sudor frío la frente del amo a bordo. En realidad, Bill procedía en la forma usual del hombre digno: justamente ofendido.

—¡Rendición incondicional! —clamó el turco—. Arrojad las armas al agua y permitid el paso a mis hombres conmigo al frente.

Desde luego que no incurriría en el mismo defecto que Righilis y Hartmann: ¡era audaz!

Bill miró a su jefe y lo vio temblar como un azogado. Se

comprendía que estaba dispuesto a claudicar, concediendo al enemigo todas las ventajas en una renuncia innoble. Entonces, como si quisiera parodiar las palabras del turco al visitarle en el almacén y reclamarle el fardo azul, contestó:

—¡Venid a por ellas, cretinos!

De un empujón tiró a Nancy por tierra y él mismo se echó encima para protegerla con su cuerpo. Se había roto el parlamento con los infames.

Casi en el acto empezó a sonar el himno fatal de la ametralladora. En esta ocasión una descarga de fusilería partió del «Kilkis» y no pocos secuaces de Righilis se dispusieron a formar con sus cuerpos una barricada ante el enemigo.

¡Fué el principio de la epopeya, orgía de sangre y horror, a bordo de inofensivos yates de recreo!

Viendo a los hombres de Andreous disparar sañudamente, Bill abandonó la cubierta con Nancy. Reptaba sobre el vientre, como un reptil, y todo en su actitud denunciaba una retirada de muy discutible valentía. Algunos impactos, al perforar las cuaternas y mamparos, le siguieron con un rastro de fuego, pero consiguió la primera parte de su objetivo.

Al tener a Nancy a resguardo, mientras que el estrépito bélico se hacía ensordecedor, habló a su esposa con gesto ceñudo. No pensaba recriminarla por su actitud heroica de minutos antes, sino ordenar del modo severo que tenía derecho. ¡No era ocasión de felicitaciones tampoco!

—No vuelvas a salir —dijo— en tanto que el yate no sea abordado y zozobre. ¡Tu puesto no es de combatiente, sino de enfermera!

—¿Adónde vas? —Casi gritó la joven, excitadísima.

Adivinaba que Bill no se limitaría a formar parte del conjunto defensivo con un rifle en la mano. La arruga vertical que cruzaba la frente del esposo demostraba que algo audaz se fraguaba en ella, tendente a lograr victoria contra un enemigo más poderoso y fuerte en todos los aspectos.

—¡Qué pregunta! —murmuró Bill—. A luchar donde ellos menos lo esperan. Recuerda siempre que te has unido a un federal.

—¡No te marches así! —murmuró Nancy, aforrándole con desesperación—. Si no volvieses, yo...

—Cumplirás tu deber, querida —dijo él, soltándose de los brazos pasionales.

Hubiera deseado calmar a la bella, pero eso significaba detenerse más y poner dramatismo en lo que no era sino un «adiós» temporal. Besarla, apretarse contra el corazón enamorado, era llenar de augurios un hecho ordinario en la vida del justiciero. Acaso ensuciar con sensiblerías un acto de ritual, y, sobre todo, poner en peligro la vida de los que —buenos o malos— peleaban en el yate contra sus agresores.

Al desprenderse de Nancy con violencia, Bill se lanzó hacia el camarote que guardaba los útiles de pesca submarina. Se desnudó velozmente y, adaptándose el casco respirador, se deslizó sigiloso hacia el mar. A poco buceaba rumbo al yate de Mikive.

No llevaba otras armas que el fusil-arpón, y se lanzó como una saeta hacia la mole ventruda cuya silueta se perfilaba confusamente. El enemigo estaba a menos de diez brazas, a punto de embestir al barco de Andreous, y eran minutos los que separaban a uno y otro de la catástrofe.

Templeton nadó con ágiles y rítmicas brazadas. El agua atenuaba el ruido de las detonaciones, hasta hacerlas desaparecer. ¿Habrían claudicado ya los eventuales aliados? ¿Llegaba tarde al supremo ajuste de cuentas?

Aquellas dos ideas y no el temor de ser sorprendido y sacrificado impíamente —sin posibilidades de defensa— era lo que pretendía ofuscar el sereno juicio del federal. Tocando la quilla del barco adversario se fué elevando a pulgadas hacia la superficie, y ya en ella se quitó la careta que le suministraba oxígeno.

¡Aún seguía la lucha, más encarnizada que nunca!

Tuvo suerte al emerger, aunque contaba con ella como aliado de última hora. Atentos a su faena mortífera y al inminente abordaje, los hombres del turco tenían su atención concentrada en la otra borda, «esperando el momento».

Mal podían suponer que uno de sus rivales se hubiera decidido a atacarles por la espalda, y ni siquiera sabían que en el «Kilkis» existiera un equipo de buceo y de pesca submarina.

Empero..., ¿qué pretendía hacer Bill con un fusil acuático, apto sólo para capturar peces? El federal no pensó remotamente armarse de su «Lugger», seguro de que el agua inutilizaría la munición.

No pretendía intimidar, sino herir: atacar al contrario como hace el estratega, para quien el triunfo significa más que la propia vida.

El chasquido del rifle de aire comprimido no se oyó entre el estruendo de las armas de fuego; pero tuvo una resultante maravillosa. La ametralladora dejó de funcionar en el acto y el criminal artillero —que gozaba desparramando el dolor y la muerte— se incorporó, lanzando un alarido, y en el acto fué alcanzado por dos disparos concéntricos desde el «Kilkis».

¡Cayó muerto, de modo fulminante, mientras que en su espalda se veía agitarse un arpón clavado como un venablo!

Algo parecido a una saeta cruzó el puente, exponiéndose a los disparos de su propia gente. Desnudo, con la monstruosa joroba de los tubos de aire comprimido, Templeton se lanzó en carrera frenética por la cubierta. Su objetivo era el aparato de matar, que había quedado momentáneamente sin servidor, y sus manos parecían garras al lanzarse a empuñarlo.

Varios disparos sueltos trataron de fijar con plomo a la centella humana, al enemigo enquistado de un modo casi milagroso entre los adversarios. Bill sintió un rasponazo candente, pero no desistió del empeño. Era tal su ansiedad y sobrehumana decisión, que hubiera cumplido su objetivo aun en el caso de estar gravemente herido y moribundo.

Dedos semejantes a garfios se agarrotaron en torno a los mandos de la ametralladora, que giró noventa grados con precisión matemática. Entonces, con la crepitación de la Hottchiss, empezaron a volar disparos que buscaban ratas acorraladas, los seres abyectos que medraban al amparo de la fuerza y de la cobardía.

Los cristales y tabiques del yate saltaron ante la tumultuosa lluvia de plomo, y más de cuatro rufianes sufrieron el castigo a que se habían hecho acreedores.

Mientras tanto..., el choque de los yates se acercaba a gran velocidad. ¡El timonel que dirigía la nave agresora fué uno de los primeros en caer acribillado!

Es posible que salvase a Bill de morir el entusiasmo de sus eventuales amigos. Al verle y comprender cómo el audaz logró cambiar la derrota en victoria, abandonaron sus parapetos y se lanzaron a pecho descubierto a la brega. Gritos de estímulo, hurras

y maldiciones se juntaron en un escándalo fenomenal.

El «Kilkis» maniobró para evitar en lo posible la colisión, y del codaste a la roda saltaron fieras dispuestas al abordaje. La ligazón de tiempo y entusiasmo salvó al yanqui, que no su propia osadía.

El contraataque fué terrorífico y bestial. Bill había abandonado la ametralladora, sin objeto en una lucha a corta distancia y, lanzándose al puente del yate enemigo, avanzaba con una pistola en cada mano. No le costó nada rescatar armas de entre la multitud de muertos y heridos que sembraba la cubierta.

La visión del extraño adalid que les capitaneaba, chorreando agua y sangre a la vez, crispó de entusiasmo a sus seguidores. Entonces se desarrolló la más dramática y decisiva de las contiendas: ¡la última!

Era inútil que solicitasen clemencia los que no la tuvieron. En breve pasaron a engrosar la legión insensible y en la apoteosis de violencia la labor de limpieza y de policía se hizo pareja.

De una tripulación que doblaba en número a la del «Kilkis», apenas quedaban la mitad, refugiada en la cámara de popa y sintiendo que cada paso de los rivales victoriosos era uno más que daban ellos hacia la muerte.

—¡Rendíos y os salvaréis! —gritó el federal—. Respondo de ello si arrojáis las armas.

Templeton gustaba repetir las palabras y consignas del enemigo, pero había un matiz: ¡garantizaba su vida y podía creérselo!

Varios rifles, pistolas y revólveres fueron arrojados de la cámara, acusando a otros tantos no combatientes. En esto se oyó el vozarrón de Mikiye, que bramaba, ciego de furia:

—¡Yo no me rindo! Jamás lo haré, de no ser en lucha contra ese demonio.

—El demonio te permite combatir cuerpo a cuerpo, sin armas —contestó Bill, recogiendo la alusión.

Había ansia de escapar a la venganza, por parte de los secuaces del turco. Un hombrón de recia musculatura —vestido con amplios calzones orientales— se abalanzó sobre su jefe, gritando:

—Reduzcámosle. Es la seguridad de todos lo que se ventila...

Como de común acuerdo, media docena de individuos se lanzaron contra Mikive, mientras que la puerta de la cámara saltaba astillada y la horda del «Kilkis» se abalanzaba a su interior.

Jadeante, lanzando mil reniegos y amenazas, el turco contempló con odio al que acababa de vencerle por segunda vez, al tipo semidesnudo que logró destruir por sí solo una encerrona mortal.

—¡Sea! —rugió—. Soltadme, y pelearé con el maldito.

Sin armas, aún era temible Mikive. Bill le esperaba en actitud furtiva, de salto, porque estaba terminando de calzarse las sandalias pertenecientes a un muerto. ¡No era lógico batallar con los pies descalzos, y temía que su rival cayera sobre él sin darle tregua! ¡La lucha sería terrorífica, y el turco atesoraba furia suficiente para aniquilar a varios enemigos!

Entonces pudo admirarse un espectáculo mágico, a juicio de los mirones: el colosal turco se lanzó en alud contra el joven delgado, de cuyo cuerpo surgían borbotones de sangre, y apenas lo hizo saltó como impulsado por una ballesta.

¡Lo extraordinario es que Bill Templeton no le hizo ni un regate!

Se limitó a replegarse como un erizo; cuando Mikive estuvo sobre él, se irguió con brío. El turco dio una zapateta en el aire para aterrizar limpiamente, a renglón seguido, en cubierta. ¡El testarazo fué épico!

Poniéndose en pie, el coloso trató de enmendar su forma de ataque: avanzó con las manos crispadas, los dedos rígidos y una expresión homicida en el semblante. Era comprensible que si aferraba al federal no lo soltaría, aunque le atacasen con tenazas y pinchos enrojecidos.

¡El odio brillaba en sus pupilas, implacable!

Templeton supo eludirle de nuevo. El federal estudiaba las reacciones del tipo y parecía leer en su cerebro al desnudo. Evitó las garras concéntricas que se dirigían hacia él, y mediante una agilísima zancadilla el turco volvió a medir el suelo con la espalda.

Fué a caer no lejos de allí, próximo al cadáver de un secuaz que ya no podía ver otra cosa que la eternidad, yerto y con los ojos vidriosos, semejaba reír, mostrando los dientes en una mueca espantosa.

—¡Maldito infiel! —renegó Mikive, levantándose otra vez—. Ahora...

—Ahora podías comprender que estoy cansado, bestia —le dijo Templeton, sin cólera—. ¡He de ponerte fuera de combate, como sea!

Era verdad. A efectos de la sangre perdida, una debilidad creciente invadía al federal. No era de hierro ni poseía la ruda fortaleza de su contrincante. El líquido vital se derramaba sin cesar de un par de heridas, marcando un rastro bermejo a cada paso que daba.

Por una pasarela provisional, puesta entre los dos yates, cruzaban a la sazón Nancy y Andreous Righilis; el último llevando un pistolón en la mano derecha. Acudían a presenciar el fin del duelo, cuyas incidencias llenaban de jolgorio a los tripulantes.

El turco atacó de nuevo y fué, en verdad, su última pifia. Acaso fué, también, la más espectacular de todas.

Mikive avanzaba con la lentitud del tigre, cuando va de caza. Si en sus embestidas anteriores pudo igualarse al bisonte o el gorila, entonces medía cuidadosamente pasos y ademanes. Comprendía de un modo intuitivo que si perdía la última oportunidad —dada por un rival magnánimo—, le esperaba ese rudo golpe del que nadie se repone: ¡el ridículo!

El hércules era doblemente peligroso en su cautela. Pasada la furia inicial, los ojos diamantinos reflejaban una atención malsana. Bill temió no acertar aquella vez, porque su debilidad alcanzaba el mayor ápice.

Cuando Mikive alcanzó al federal, dio un grito de gozo supremo y de alegría infinita. ¡Había capturado al elusivo, por fin! Tenía en su poder algo del hombre con cuya busca y captura soñaba antes que con los bienes materiales de Andreous Righilis. Garantizada su impunidad en el combate, no lo soltaría, aunque le cercenasen la mano con que sujetaba al paladín.

No soltó, en efecto; pero entonces y para su mal empezaron a sucederle cosas raras. Cuando Bill se vio cogido por la muñeca, se inclinó, como si fuera a iniciar un extraño paso de danza, y enfrentó los ojos inyectados de sangre de la fiera. Se volvió de espalda —como si hubiera decidido huir aterrorizado, y un poco tarde ya— y lanzó una exclamación por entre los labios crispados:

—¿Prefieres agua o madera?

Todos le oyeron, pero ninguno supo interpretar debidamente aquellas palabras misteriosas.

¡Ni siquiera Mikive, para su desdicha!

A partir de aquellos movimientos iniciales, que parecían

tomados con cámara lenta, todo sucedió a una velocidad pasmosa; tanto, que ni siquiera los más inmediatos espectadores lograron captar con claridad todos los detalles.

¡Fué algo que galvanizó de pismo a propios y extraños, amigos y enemigos, unificándolos en la sorpresa! La misma Nancy fué víctima del estupor, como los otros.

Bill parecía estar frente al turco, presentando un blanco magnífico. Pues bien: entonces pareció disolverse en movimiento puro, y fué en vano que Mikive pretendiera seguir con la vista aquel destello de agilidad humana. ¡Era como dibujar el zigzag de una centella!

El turco sintió dolor en la muñeca, a efecto de los dedos que le atenazaban a su vez. Bill Templeton, herido y con mínima expresión de ropaje, ya no se hallaba frente a él y dándole la cara. Estaba con el brazo extendido y la espalda vuelta debajo de su cuerpo.

Mikive experimentó un horrible tirón hacia abajo, y el hombro del joven lo dio de firme en el sobaco. Fué un movimiento elástico y seguro, ascensional, en pugna con el otro.

El oriental se dio cuenta de que sus pies abandonaban la cubierta del yate contra su voluntad. La arboladura de la nave pareció dar una vuelta de campana, y él la dio efectiva en el aire. Luego, la cubierta del barco —recién abandonada— osciló ante el aturdido como si «subiera» a su encuentro. ¡La pasó volando en descenso, a gran velocidad, y más abajo estaban las aguas del Mare Nostrum, acogedoras!

El zarpazo en el agua le mareó. Intentó ponerse a flote y nadar, pero no pudo conseguir que los músculos le obedecieran. Un temblor convulsivo le agitaba desde el estómago a los pies y desde éstos a la raíz de los cabellos.

—¡Socorro! —empezó a vociferar, y luego tragó agua.

—Dejadlo que muera, el maldito —dijo Andreous, interviniendo.

Con su pistolón parecía deseoso de lastrar al rival que estaba ahogándose, y Bill no necesitó ver los ojos aterrados de Nancy —que ya había recibido su bautismo de fuego— para denegar:

—¡No! Al enemigo vencido deben dársele posibilidades. ¡Sacadlo!

Después se abandonó muellemente en brazos de su esposa. Cruzó vacilante la pasarela que unía al yate enemigo con el «Kilkis»,

y a poco se encontraba en la improvisada enfermería. Allí hubo de resistir una última intervención —por suerte, Daidalou había sido ayudante de cirujano— y luego se sumió en la dulce beatitud del desmayo.

—Tenemos que volver a América, querido —oyó entre las brumas de la debilidad y del sueño—. Prométemelo. Esto es demasiado bello y... ¡demasiado horrible!

—Concedido —murmuró, y sintió que un extraño cauterio le quemaba los labios.

Era Nancy, que pagaba con la dulce moneda de un beso la adhesión del amado, cuya valentía y decisión admiró personalmente y por las referencias del hampa. Bill Templeton había mostrado su clase en medio del mar, en situación precaria, como lo haría en tierra firme. ¡En Grecia y en Portugal, en Honolulu y en las Islas Británicas!

Lo único que Nancy ignoraba, y por saberlo hubiera dado años de su vida, era que el héroe no se resignaría con el mismo desinterés a perder su relación con la pandilla de Andreous Righilis, el contrabandista de drogas.



**¡EMOCION! ¡INTRIGA! ¡AMOR!**

Son las cualidades que encierran los trepidantes argumentos sobre el Oeste americano de nuestra Colección.

**EXTRA-OESTE**

Con más de 400 títulos publicados continúa siendo la preferida de los lectores de España y América.

## VII



L sobre carecía de señas de remitente y no había sido enviado por correo. Se lo entregó un botones a Nancy, convertida en celosa enfermera del que se restablecía a, ojos vistas, y la bella lo miraba como si fuese un explosivo.

¡Tampoco tenía el membrete del hotel, ostentoso, con la heráldica en relieve que corresponde a un establecimiento regio!

«¿Será un anónimo, amenazándole de muerte?», se preguntó la joven, angustiada.

Según su parecer, fué una tontuna dejar en libertad a los supervivientes del turco y al mismo Mikive —luego de ser rescatado del mar por su propia gente—, vengativo y feroz. El «Kilkis» había seguido su navegación, sin preocuparse de celar a los vencidos

gracias a la osadía y valor del federal.

¡Era indudable que, mal o bien, habrían tocado puerto, ocultando sus bajas y heridos celosamente!

Nancy no podía imaginar algo, con ser simplicísimo. De haber detenido a Mikive y secuaces, el escándalo de un proceso alcanzaría igual a vencedores y vencidos. En una encuesta judicial y por mucho que se evite la publicidad, hay terribles careos, en que los acusados se convierten en acusadores a su vez.

Esto es lo que no podía tolerar Andreous Righilis, en la euforia del triunfo. ¡El mal sujeta a sus siervos con lazos más férreos que la misma ley!

¡Sí! Seguía el drama en su mismo planteo siniestro. Más quizá. Mikive curaría a sus hombres, enterraría a los muertos y, llevado por su carácter vengativo, contrataría nuevos asesinos. ¡Todo lo ocurrido fué una escaramuza más sangrienta de la batalla inacabable! «Y esta carta, sin duda, advierte el castigo en camino... —meditó la joven—. Voy a destruirla en beneficio de Bill. ¡El que ignora no sufre!»

Mujer al fin, y como tal práctica, Nancy quiso enterarse del mensaje recibido. Para ella era peor la ignorancia que el conocimiento de la amenaza, y despegó el sobre.

Cometía al hacerlo una deslealtad al esposo, verdadero destinatario de lo que suponía una «*vendetta*», pero no podía quemarlo sin abrir.

Con mano nerviosa ahuecó la pestaña engomada, y un papel cayó al suelo, dando curiosas volteretas. ¡Como si quisiera huir de la investigación femenina, se escurrió de entre los dedos como la piel viscosa de un reptil!

La joven tuvo bien pronto entre sus manos el papel, y al volverlo sintió, en efecto, la mordedura. No era lo que ella había imaginado, en su desbordante fantasía, sino algo mil veces peor.

No una amenaza de castigo, sino un premio, y ostentaba la firma de Andreous Righilis. ¡El cheque, y la cifra de cinco mil dólares, estaban endosados a nombre de Bill Templeton!

Era el pago del heroísmo, de una vida dedicada al servicio del bien y arriesgada en sangrienta carnicería. Era más y comprensible: la compra de una conciencia, pues el federal quedaría —si cobraba tal cantidad— sujeto al poderío del griego.

¡Siempre habría constancia, en un establecimiento bancario, de que un hombre honrado cobró tan respetable suma, y el hecho arruinaría su carrera!

De haber sido un anónimo, Nancy lo hubiese quemado sin vacilar. Así no; Bill precisaba resolver, y la joven se limitaría a observar sus reacciones. Ni siquiera diría que estaba enterada del contenido del sobre, siendo fácil cerrarlo de nuevo y hacer como si no lo hubiera curioseado.

¡Una vez más, el dinero, vil metal, levantaba una muralla de ficción entre dos seres nacidos para amarse!

Dos días más tarde de los sucesos que culminaron en la derrota de Mikive Erzingan-Ul-Aziz, Bill se levantó del lecho bastante restablecido. Su privilegiada naturaleza y la ausencia de vicios y lacras le permitieron reponerse antes de lo corriente.

Su sonrisa, al posar las manos en los hombros de la bella Nancy, producía el efecto del sol al escapar de nubes tormentosas.

—¡Bueno! —exclamó, alegre—. Aquí tienes al viejo pontón dispuesto a emprender el viaje. ¡Tú dispones, mi capitana!

—Marchémonos cuanto antes —pidió ella, acongojada—. Me horroriza pensar que los sucesos puedan repetirse de nuevo...

La sonrisa de Bill se hizo más expansiva y seductora, si cabe. Apretando contra su pecho el cuerpo juvenil de la amada, le habló, con tono jovial y despreocupado:

—Aquí o allá, la muerte es la misma. Yo la he visto tan de cerca y tantas veces, que ya somos como esos viejos enemigos que se aprecian: nos limitamos a gruñimos, enseñar los dientes y nada más. En cambio..., ¡tú eres la vida y quiero algo mejor para ti!

—Me conformo con lo que tengo —cortó Nancy, impetuosa—. Volvamos a nuestro hogar, en América.

—Pero ¡si apenas tenemos casa, querida! Es preciso que venza aquí, para ofrecerte un palacio.

—¡No lo quiero! —Denegó Nancy, a punto de estallar en sollozos.

Era una postura firmísima la suya, basándose en la renunciación y el sacrificio como argumentos máximos; pero Bill supo convencerla.

De triunfar en la empresa que le fué confiada y ganar el ascenso, no tendría que batallar en lucha diaria contra el hampa. Podría

disfrutar de una situación de privilegio, y sólo de tarde en tarde arriesgaría la piel.

Su argumento final tuvo ribetes de sarcasmo, al decir:

—¡Ya sabes que los generales mueren en la cama, y los soldados con las botas puestas! Supongo que no serás tan egoísta como para renunciar a mi ascenso.

Aquellas frases mordaces crisparon a Nancy, que se replegó como una sensitiva. Sin decir palabra abandonó la estancia, dirigiéndose al cuarto de aseo. En realidad, lo único que deseaba era averiguar la reacción de su esposo al ver el donativo de cinco mil dólares; el regio anzuelo que el griego tendía a su ambición para sujetarlo a la reata criminal.

¡Hubiera querido confesar que lo sabía todo a gritos, y se limitó a callar y espiar! El hecho de creer que Bill se envilecía le produjo una sensación opresora, de pesadilla.

Templeton abrió la correspondencia llegada para él en los dos días que permaneció débil. Era escasa, y se limitaba a una carta de un amigo de Boston y una «lejana pariente» que vivía cerca de Berkeley, en California. También estaban sobre la mesilla de noche, al lado de tisanas que denunciaban el cuido amoroso de Nancy, los diarios yanquis a los que el federal estaba suscrito... ¡y el sobre con un cheque para comprar su conciencia!

Fué el último elegido por Bill para averiguar su contenido, ante el nerviosismo de la bella espía. Después de leer la carta de «tía Elsa» muy minuciosamente y echar una ojeada a la de Círyl Donovan, el joven rasgó el sobre que contenía su recompensa.

Brillaron extraordinariamente los ojos del lector al comprobar la suma, y luego se sintió poseído de una alegría tumultuosa, que hizo en Nancy el efecto de una puñalada.

¡Se puso a silbar alegremente los compases del himno nupcial! Pensaba en su esposa al comprobar la generosidad del nuevo amo...

La amada se refugió en el cuarto de baño, irritada, imaginando que era cierta su desdicha. Comprobó, durante gran parte de la mañana, que Bill daba muestras de extraordinario optimismo, y que hacia mediodía se arreglaba para salir a la calle.

—Yo te acompañaré —ofreció ella—. Estás débil aún...

—¡No! Voy a dar un paseo solito, y luego visaré el pasaporte para salir en breve para América. En el próximo barco, ya que

nuestros fondos no permiten el regreso nuevamente en avión. ¿No te importa?

Nancy hubiera querido gritar, angustiada, que le importaba mucho; pero se replegó en el mutismo. Adivinaba monstruosas mentiras en las palabras del esposo y ficción en sus ademanes, que en vano trataban de disimular el gozo que le invadía.

Pensó seguirlo, pero luego se dejó llevar por un terrible fatalismo. Cuando Bill salió del hotel, se desplomó sobre el lecho, llorando amargamente.

Había derramado algunas lágrimas sobre el cuerpo del herido, mientras pasaba las noches en penosa vigilancia ante su lecho, pero aquel llanto no era de la misma clase. Significaba el adiós a una ilusión, el primer desengaño amoroso y la caída por tierra de un ídolo.

¡Bill, el hombre íntegro cien por cien, le mentía y ocultaba cosas!

Ahora estaba dispuesto a venderse, y lo más doloroso del asunto es que, según todas las probabilidades, lo hacía por ella. ¡Por ella, que hubiera deseado compartir el más modesto hogar —honrado— en su compañía!

Y luego..., aquella promesa de viaje en barco... ¿Por qué añadir a la ficción el sarcasmo? Si Bill cobraba el cheque, tendría dinero sobrado para desplazarse en avión, no ya a los Estados Unidos, sino de dar la vuelta al mundo por el aire más de una vez.

¡Engaño y mentira por todas partes! Ficción y bajeza; cobardía, en suma...

Nancy, a punto de naufragar en el desmayo, vio que todos sus sueños de soltera caían uno por uno fulminados al duro contacto de la realidad.

El terrorífico drama no tenía sino un solo espectador y actor a la vez: una pobre mujer, acongojada, lejos de su patria y de cualquier asidero moral. Se consideraba más culpable que Bill, puesto que él delinquía para conseguirla ventajas de orden económico, y más hipócrita al no poderle gritar que conocía el contenido del sobre y los pasos que el amado iba a dar.

Templeton, el heroico federal, marchaba al banco, que no a otro sitio. ¡A recoger los treinta dineros de Judas, luego de asestar a su amor y al

F. B. I.,  
un golpe traicionero!

Al recordar los versos que murmuró, emocionada, a su novio, Nancy estuvo a punto de sufrir una crisis de nervios, incluso de ponerse a reír como una histérica. Esperaba en Atenas una lucha audaz y valiente, descarada contra el hampa; una empresa frenética en que la vida de ambos esposos hubiera corrido el máximo riesgo.

En lugar de ello..., ¡sólo veía emboscadas y mentiras, una lid que se sustanciaba en esa zona tenebrosa del ensueño y de las pesadillas!

«¡Tal vez haya ido en verdad al Consulado! —le gritó la esperanza—. Él te ama, después de todo...»

Nancy estuvo a punto de gritarse a sí misma que ya no amaba al esposo, pero se contuvo. Era necesario saturarse de ignominia, de bajeza y de maldad. Luego, si podía, surgiría ella sola del abismo al que le había arrastrado el espejismo de un amor.

¡De lo contrario, esperaba la muerte como supremo tránsito y escapatoria! No le faltarían ocasiones de recibirla, al lado del infame gladiador.

En tanto que dejaba tras de sí aquella tempestad de pasiones, Bill acudía, efectivamente, a la representación oficial de su país. Allí saludó a míster Monroe, un agregado permanente del

F. B. I.,  
y le refirió parte de los sucesos acaecidos hasta la fecha.

Luego salió a la calle y se dirigió a cobrar cinco mil dólares al Banco Exterior. ¡La compra de una conciencia se había consumado!

Bill había rehusado ante Righilis firmar cualquier documento, pero con la entrega del cheque y la recepción de la recompensa, luego de justificar su personalidad, acababa de aceptar tácitamente una gratificación, cuyo «porqué» le sería imposible revelar.

Desde entonces quedaba en poder del solapado griego, hábil y audaz tan sólo para ganar batallas de astucia.

«Ahora me queda el hueso más difícil de roer —meditó Bill, mientras se dirigía al encuentro del amo—. Veremos cómo reacciona...»

Llegado al centro de la ciudad, derivó lentamente —pensando— por la calle Thespidos Kidathineon. Al volver la esquina de Lisícrates y frente al monumento del hombre que combatió a un

Gobierno de treinta tiranos, estaba el almacén de Andreous, la sagaz tapadera que ocultaba negocios sucios e ilícitos.

Bill lanzó una mirada, como al desgaire, al teatro de Dionisios, oculto parcialmente en la arboleda, y luego cruzó el portal de la casa de su jefe en Grecia. En el rostro mostraba una amable sonrisa, apta para iniciar lo que consideraba una peligrosa intentona.

¡Enfrentar a la fiera en su guarida, hostigarla y anunciar la ruptura definitiva! El viaje a Grecia había terminado, y con él toda relación con su alquilador.

Righilis estaba en casa. Siempre permanecía allí, dirigiendo a los súbditos como un reyezuelo, y aislado del peligro de forma cuidadosa. Recibió al federal con agrado y correspondió a su sonrisa con otra ancha y magnánima, de gran señor que ha otorgado una merced y espera la gratitud y devoción del siervo.

—Acabo de hacer efectivo el cheque a mi nombre —dijo Bill, tras de los saludos de ritual—. No creo que fuese un error la cifra que figuraba en él...

—No lo ha sido —contestó Righilis, amable—. ¡No suelo equivocarme cuando extiendo un cheque, y el banco me pide confirmación cuando asciende a una cantidad algo regular! ¿Está satisfecho, amigo mío?

Era un peligroso enfoque de la conversación, y Bill se dispuso a seguir llevando la voz cantante.

—Lo estoy —aseguró—, pero no comprendo por qué se excedió en lo pactado. ¡Deseo saberlo!

Al decir así se había quedado serio repentinamente, como si temiera que le exigiesen como contrapartida algo que no estaba en condiciones de realizar.

—Mi vida vale más de cien mil dólares y aun diez veces esa cantidad, y usted me la salvó —habló Andreous, repantigado en su sillón—. Ya sé que al hacerlo salvó la suya y la de su adorable mujer, pero eso no cambia el planteamiento del asunto. Espero que siga sirviéndome con la efectividad que hasta aquí, porque su colaboración es formidable.

—Lo lamento, Righilis —dijo Bill, eligiendo las palabras cuidadosamente—. Lo cierto es que mi esposa desea dar por terminado nuestro viaje en Grecia, y quiere salir en breve para los Estados Unidos. Yo... ¡pienso acompañarla, naturalmente!

Aquello era una novedad para Andreous, pero la encajó con bastante ecuanimidad. Su rostro, de facciones redondas, permaneció inescrutable durante unos segundos —en los que debió meditar intensamente—, y luego volvió a sonreír.

—¿Quién se lo impide, amigo mío? —preguntó—. Sólo que yo me he aficionado a su compañía, a su modo de operar y es posible que vaya a su país.

—¿A América? —preguntó Bill, mostrando un gran estupor.

—¡Sí! —contestó Andreous—. Ya le dije que pienso ampliar el campo de acción de «nuestro» negocio. Espero su ayuda para que mis mercaderías tengan favorable acogida al otro lado del Atlántico. ¡Esto empieza a ponerse mal, y un cambio de clima me garantizará larga y próspera vida!

Templeton se hallaba ante un problema pavoroso. Había temido violencia en la ruptura, y creyó que necesitaría de toda su energía para vencer la oposición del griego, cuando se encontraba inesperadamente más sujeto a él que nunca.

Así lo demostraba su expresión cavilosa y lo confirmaron sus palabras tras de la reflexión:

—¿Se refiere a alfombras y sedas?

—¡A todo! —contestó su jefe—. La cuestión del pago de Aduanas correrá de mi cuenta, y de la suya, orientarme en su país para evitar choques con la competencia y demás. ¡Usted me ayudará exactamente igual que aquí y percibiendo las mismas utilidades!

—¡Sea!... —murmuró Bill, como a regañadientes—. El

F. B. I.,

no se meterá, desde luego, en sus actividades como negociante.

—Es lo que espero, gracias a la colaboración de usted. ¡Seguirá siendo mi subordinado a todos los efectos!

Si Bill estudiaba a su interlocutor, no era menos observado por él. Incluso había alguien que captaba las palabras de la conversación; un ser invisible, inanimado y carente de personalidad «se movía» en el silencioso despacho asistiendo a la entrevista de dos hombres.

Cuando el federal se levantó para marchar, Righilis le tendió su ancha mano con auténtica cordialidad reflejada en el semblante.

—¡Ya lo sabe! —murmuró, con el sigilo de un conspirador—. Mil dólares a cada golpe de suerte, y si las condiciones son

especiales, cinco mil, como ahora. Usted se limitará a darme informes, sin arriesgar su preciosa vida dentro del Federal Bureau of Investigation.

—¡Conformes! —exclamó Bill en el mismo acento.

No hubo más, y el joven moreno abandonó la habitación con la sospecha de que su interlocutor había estado jugando con él. Aquella vez no fué quien llevó la batuta, sino que había bailado a las órdenes de un director de orquesta mucho más hábil.

¡Hizo mal en desestimar la inteligencia del griego!

Efectivamente, aquella conversación a solas, sin testigos, tuvo un tercer espectador. Righilis lo demostró así al quedar solo y llegarse hasta el mueble-bar, que había estado abierto durante la entrevista. Tomó una de las panzudas botellas que Bill rehusó al llegar y, maniobrando en una gaveta, habló con voz entusiasta. Como si se dirigiese aún al ausente, dijo:

—¡Tranquilícese, muchacho! Ganaremos dinero los dos en cantidades que jamás pudo soñar. Las drogas entrarán en la Unión, y usted será nuestro asesor para su venta y distribución. ¡Tomemos una copa para celebrar esto!

Andreous procedió a la pantomima de hacer tintinear unas copas y escanciar en unos vasos el líquido que no consumiría ningún bebedor.

Luego tocó un botón, y se oyó el sonido sibilino de un reptil que se desliza a gran velocidad.

Al cabo de un rato volvió a oírse la voz del federal, como si Bill, arrepentido de su marcha, hubiera decidido regresar:

—¡Buenos días, Andreous! ¡Qué sorpresa encontrarle solo!

—Le esperaba, amigo mío —contestó la voz del escucha—. Por eso hice alejarse a mis hombres. ¡Quiero que hablemos en privado!

A continuación hubo una pausa, y Bill reconoció haber hecho efectivo el cheque de cinco mil dólares; se oyó la respuesta de Righilis y todo lo demás. Remató aquella charla, que sujetaba a un hombre tanto como la aceptación del cheque, la frase murmurada a solas por el griego ante el mueble-bar.

¡En ella, culminando la entrevista que el propio Templeton no podría negar de ningún modo, se hablaba de las drogas que serían introducidas clandestinamente en América y que Bill debía cuidarse de proteger en su venta y distribución!

En realidad, no había ningún misterio maravilloso en la aparente magia. Un dictáfono se había encargado de grabar la charla, con el colofón puesto por el griego en ausencia del federal.

¡Todo estaba diestramente combinado, y el ruido del brindis — como remate— era un detalle genial!

La cinta magnetofónica se convertiría en cadena para un hombre que había cruzado el estrecho puente que lleva desde el deber a la prevaricación.

Empero la cosa tendría consecuencias dramáticas para alguien. Cuando el federal abandonó el edificio y los cómplices del griego acudieron a pedir instrucciones a Righilis, éste señaló las bebidas que se alineaban en el ventrudo mueble-bar.

Estaba diabólicamente contento, y su gesto fué muy incitador.

—Serviros a vuestro gusto, muchachos —dijo—. Acabamos de hacer la mejor operación de nuestra vida... Mejor dicho, ¡la hice yo, en beneficio de todos nosotros!

Los secuaces del «boss» ignoraban de qué se trataba, pero se sirvieron generosamente según sus aficiones. Cuando ya habían vaciado sus copas una y otra vez, Righilis, que gozaba de su triunfo, hizo un gesto teatral. ¡De director de escena!

—Ahora disponeos a oír, chicos —exclamó—. La cosa lo merece...

Volvió a oprimir el botón del dictáfono, y ante el asombro de los reunidos sonó la voz de Bill Templeton, saludando. Hubo un despistado que se volvió hacia la puerta, creyendo que el federal había vuelto inesperadamente.

—Está «embotellado» dentro del mueble-bar —comentó Andreous, jocosamente—. Escuchad un poco más... ¡a ese valiente imbécil!

Todo se deslizó idéntico, como el griego había experimentado ya. Cuando terminó la máquina de repetir palabras y frases, Righilis miró a sus hombres con aire triunfal, pletórico de optimismo.

—Ésta es mi forma de luchar —dijo—. No me gusta la violencia, y antes podría confesar que la odio y la temo. En cuanto a astucia..., muy pocos podrán vencerme. ¡Desde luego, no será un federal, por cierto!

En el conjunto de comentarios aduladores de la comparsa, surgió una sola oposición; eso sí, tan valiente y viril como pueda ser

la que más.

—¡Es una trastada indecente! El muchacho yanqui no se merece una porquería así.

Era Daidalou el que había hablado, arrostrando las iras de su jefe y la furia colectiva de los otros. Un héroe de la mitología no se hubiera portado de un modo mejor.

—¡Tú te callas, mameluco! —bramó Righilis—. Bien que se ha embolsado los miles de dólares, ¿cambio...

—No se los embolsó al repartirlos con nosotros, ni pensó en el dinero cuando se jugó la vida para salvar la de todos. ¡Me declaro contrario a esa trampa y le diré a Bill toda la verdad!

Andreous hizo una seña: ¡una sola! En el acto, multitud de disparos acosaron al rebelde, acertándole desde diversos puntos.

Sangrando por una docena de bocas mortíferas, el valiente Daidalou cayó sobre la alfombra, moribundo y bañándose en sangre generosa. Intentó volverse hacia su matador —no el conjunto bestial que lo hizo rodear por tierra, sino el que dio la orden criminal—, y no pudo conseguirlo.

¡De sus labios no llegaron a brotar siquiera las palabras de adiós hacia el joven ejemplar que le había ganado para su causa!

—¡Retíradlo! Quitad esa carroña de mi vista —ordenó el forajido—. En cuanto a la alfombra..., podéis quemarla. ¡Tengo muchas!

Esa fué la oración por un héroe. Los esbirros del contrabandista, capaces de matar de un modo tan alevoso, salieron de la estancia cargados con su fúnebre lastre.

La recia alfombra empapaba su sangre, evitando que en el reluciente «*parquet*» quedasen marcadas las huellas de un asesinato.

## VIII



entonces, el pobre Daidalou, saliendo en su defensa, recibió la muerte más cruel y cobarde. ¡Fué fulminado a tiros, cayendo como un plomo al suelo!

Bill quedó pensativo durante unos segundos, al recibir la horrible confidencia. Se la hacía un hombre de cierta edad, en cuyos rasgos fisonómicos se reflejaban a la vez el horror, la conmiseración y la ira.

Era evidente que esperaba la respuesta viril de un justiciero a lo que acababa de relatar. Observaba atentamente a Templeton, como esperando que éste le indicase su opinión para obrar de acuerdo con ella.

La entrevista se celebraba en una de las habitaciones del federal

y los dos hombres se hallaban solos. ¡Allí no había dictáfonos ocultos ni otros posibles espías de la banda!

De un modo o de otro, Bill debía definirse ante el hecho infamante que le privó de un leal amigo.

—¡Lo siento por él! —comentó, tras de la pausa preñada de tensión—. Daidalou era un buen muchacho..., demasiado idealista. Cuando uno decide lanzarse por la senda del crimen —más fructífera que la del honor— debe limitarse a ser un comparsa o a aniquilar a aquellos que le hacen sombra.

—En ese caso... —siseó el confidente.

—¡Bien muerto está, por imbécil! —Fué la cínica respuesta del federal—. En cuanto a mí, he reflexionado también: ¡no me interesa Daidalou ni su jefe!

—¿Debemos abandonar la pandilla, entonces? Si así para el diablo...

Bill se puso en pie y avanzó hacia su interlocutor, que reflejaba una suprema ansiedad. Encaró al visitante, y, apoyando las manos en sus hombros, le hizo sentir la suave presión de músculos poderosos.

—Usted haga lo que quiera, amigo mío. Yo... ¡seguiré con Righilis, por el momento! Su dinero es bueno, pese a estar encanallado, y espero hacerme rico a sus órdenes.

—¡Pero es que lo tirará por la borda en cuanto considere que ya no le es útil! Lo silenciará como al pobre muchacho, sin compasión ni piedad. ¡Es un monstruo!

—Me gustan los monstruos cuando están forrados de dinero —contestó el federal—. He perdido muchos años de mi vida e incontables energías luchando del lado de los que no lo poseen... ¡o no lo sueltan! ¿Ha venido usted en mi busca para que le diese lecciones de moralidad?

El individuo contempló de hito en hito al federal. Pareció a punto de zafarse de su contacto con asco, empleando incluso la violencia, y luego se alejó de él con pasos firmes y rotundos.

Al marcharse se oyeron dos cosas: el portazo que dio airadamente y sus rotundas zancadas por el pasillo del hotel.

Eran como puntos suspensivos que se fundían en el ruido exterior diurno.

Fué entonces cuando apareció Nancy, transfigurada por una

expresión colérica. Lo había oído todo y acudía al lado de su esposo sin el menor fingimiento.

—¡Hipócrita! —exclamó—. ¿Cómo has podido engañarme durante tanto tiempo? Te creí el hombre más bueno que conocía y ahora demuestras ser cínico y vil. ¡Te odio!

Había auténtica repulsión en el rostro de la bella, y Bill crispó los puños al oírla. Las facciones de la muchacha estaban saturadas de asco y enfrentaba a su esposo como si acabara de ver fatalmente el abismo de maldad que ocultaba.

Bill Templeton no dijo nada entonces. Se limitó a sonreír como un estúpido.

—Creí que estabas fuera... —murmuró al cabo.

—Fuera estaba —confirmó Nancy—. Pero no de las habitaciones, sino de la realidad. Ahora, por desdicha, estoy «dentro». Ahora sé que me uní para siempre a un farsante sin moralidad. Y lo peor es que para mí no existe la posibilidad del divorcio: ¡soy católica y jamás daré a mis padres el fatal desengaño que los aniquilaría!

Sin decir más, la joven se volvió hacia su dormitorio. Allí, sobre el lecho que fué relicario de un amor efímero y de caricias pasionales se dispuso a preparar sus maletas.

Bill Templeton, fumando uno de aquellos cigarrillos especiales de Virginia, oyó el ir y venir de sus pasos, menudos y enérgicos a la vez.

Al cabo de un buen rato sonaron dentro de la alcoba suspiros y sollozos. ¡La furia femenina se deshacía en crisis de lágrimas!

«Ya estará madura» —meditó, el federal, y penetró en la estancia.

Se equivocó de medio a medio. Al intentar hacer una caricia a la joven, como preámbulo de reconciliación, ella le dio un bufido y se alejó de su contacto. Tuvo un gesto de repulsión infinita, y sus palabras fueron bastante ilustrativas:

—¡Déjame! Me das repugnancia.

—Pero, querida... Recapacita que todo esto lo hago por ti en buena parte...

—¡No me toques! —Prohibió ella—. Si no puedo separarme de ti, por lo que te he dicho, desde ahora seremos como dos extraños. Y para demostrártelo, pienso abandonar el hotel en tanto sacas los

billetes para regresar a América y llega el día de la partida.

¡Luna de miel en Atenas! ¡Qué distinta era la realidad de los sueños forjados! Apenas una semana de contacto y ya la discordia levantaba su repelente cabeza, amenazando con la desunión eterna en el seno de un matrimonio joven.

—¡No! No te marcharás, porque no lo consentiré —dijo Bill entonces—. Permanece aquí, y yo seré el que me aleje. ¡No debemos dar paso al escándalo!

—¡Miserable! ¡Farsante! —Insultó ella—. Tanto hablarme de integridad, de sacrificio y de maulas... Por suerte me has desengañado a tiempo: no tendré un hijo de semejante malvado...

—¡Nancy! —gritó Bill, congestionándose—. ¡Calla: te lo ordeno!

—¡Jamás! —contestó la bella, en actitud levantisca—. Mientras tenga vida y energías no dejaré de repetir lo malvado que eres. ¡Ése será tu castigo, infame!

Una mano del hombre del

F. B. I.,

se alzó sobre la bella, con gesto poderoso y terrible. Estuvo a punto de golpear el rostro amado, pero por un mayor esfuerzo de voluntad se contuvo.

Bill salió de la habitación mordiéndose el miembro que estuvo a punto de convertirse en matador del carnió.

Como un Caín, Templeton se alejó de la «suite». Estaba rojo de ira, congestionado por la serie de pasiones que batallaban en su corazón. Aquella escena, con ser inofensiva e indolora en lo físico, le parecía más terrible y difícil de sobrepasar que todas las anteriores; incluso que la del ataque de un yate enemigo en medio del mar.

¡Era lucha moral, más dolorosa y con aristas más desgarradoras!

—Es necesario que consiga esa cinta magnetofónica —murmuraba, al alejarse hacia la amplia escalera del hotel—. ¡De un modo o de otro, Righilis habrá de entregármela!

Recibir el aire de la noche le hizo bien, porque su cabeza era un caos. Tomó el camino de la calle Disícrates con ímpetu, y sólo al llegar ante la casa del poderoso griego comprendió lo mucho que se jugaba en la empresa.

Al pisar los umbrales de la casa del negociante comprendió que un poco de astucia no iría mal, al menos como primer elemento de

combate.

No fué un hombre colérico, por tanto, el que se presentó ante el tipo obeso. Andreous lo recibió enfundado en un batín, que daba a su figura el aspecto de un apacible burgués; fisonomía moral bajo la que le conocían todos los habitantes honrados de Atenas y gran parte del hampa.

Estaba solo y sonriente, aunque era comprensible que docenas de esbirros acudirían a una llamada suya. ¡Tal vez a un simple ademán de sus manos fofas y gordezuelas!

—¿Estás insomne, amiguito? —preguntó al ver al federal—. ¡Bien! Yo también tenía ganas de charlar. ¿Unas copas?

—¡No! Vengo a hablar solamente. ¿Dónde están los chicos?

Bill sabía que Andreous era soltero e incapaz de compartir en su egoísmo la vida llena de responsabilidades de un hogar. El griego le entendió perfectamente; guiñó un ojo.

—Esperando una seña mía, amiguito. Sepa que, desde que llega a esta casa, cualquier visitante está controlado a mi conveniencia. Necesito garantizarme, porque yo no soy luchador en el aspecto físico. ¡La Naturaleza «sólo» me dio astucia para defenderme!

—¡Bueno! Veamos qué pretende de mí, en el futuro, y hablemos sin careta. Me pidió ayuda contra un robo, más o menos justificado, y se la di, con riesgo de mi vida. ¡Yo sí soy un luchador! Percibí mi recompensa y...

La mano derecha del griego se alzó en solicitud de silencio. Luego Andreous dijo, con voz dura:

—Exigió cinco veces la cantidad que yo le había ofrecido y quiso trastornar mi organización captando a un vivo y a las familias de los que cayeron en cumplimiento de su deber. ¡Se me impuso, Bill, recuérdelo! Hizo mayor la cuota fijada, y así le pagué el segundo premio voluntariamente. ¿De qué se queja? Supongo que no le parecerá absurdo que yo me proteja con los medios a mi alcance: dinero, hombres y astucia.

Templeton estuvo a punto de saltar, descubriendo la visita que acababa de recibir en el hotel y denunciando la cobarde agresión y muerte de Daidalou. Pero si se equivocaba y el hombre «indignado en apariencia» lo estaba realmente sería culpable de otra muerte como represalia.

Al observar el silencio, el griego reforzó su argumentación.

—Mis hombres ganan mucho dinero y saben a lo que se exponen desobedeciéndome o actuando bajo su iniciativa personal. ¡Yo soy generoso para todo: para premiar y para castigar! A usted le doy un trato de favor, porque vale más que ellos, y le concedo en algunos aspectos cierta igualdad conmigo mismo. ¿Cree, si no, que toleraría que me estuviese haciendo preguntas? ¡Aquí el único que pregunta es el amo, y los criados responden y obedecen como les corresponde!

—Entonces, supuesto que tengo un trato de favor, seguiré preguntando: ¿Qué contenía el fardo azul, Righilis?

—¡Drogas! —Fué la respuesta cínica y audaz.

—Sepamos qué se propone al contratar mis servicios —siguió investigando Bill, sin asombrarse por la noticia oída—. ¿Piensa que voy a ayudarle fuera de aquí, sabiendo la verdadera finalidad de su negocio?

—¡Sí! —contestó Andreous con firmeza—. No puede volverse atrás, Bill, ni le interesa. Lo tengo en mi poder con la aceptación de dinero por medio de un cheque, con el testimonio de mis hombres y con cierta prueba que guardo para un caso de rebeldía; pero ya le dije que en América no le exigiré acción. ¡Sólo informes!

Una arruga vertical se marcó en la frente del joven, que era observado ansiosamente. Nunca un acusado sufrió un escrutinio tan feroz y despiadado, pese a que la fisonomía del interlocutor era benigna en, su expresión y casi condescendiente.

Bill decidió emplear un poco más de audacia al contestar:

—¿Y si me opusiera?

—Sería la muerte, amigo mío. Le llegaría en un ataque fulminante o con una lentitud terrorífica. Si yo caigo o soy traicionado, tengo hecho mi testamento: me heredarán aquel o aquellos que sobrevivan y lleguen a cumplir la misión de venganza y exterminio. Piense que está embarcado en una empresa peligrosa, de dos caras: una le garantiza vida próspera, tranquila y feliz. La otra...

Esta vez fué Templeton quien alzó la mano demandando silencio. Ello satisfizo al griego, que no quería enfrentar, por el momento, a su futuro colaborador.

—Creo que me gustaría beber un trago —dijo el federal, dando un suspiro—. ¿Cuándo podré marchar fuera de Grecia?

—Dentro de una semana, en el «Doria» italiano o en nuestro «Feríeles». Ambos tienen bastante confort y son económicos. Ir en avión sería peligroso para ustedes: ¡esos chismes voladores se estropean con una facilidad pasmosa!

—Pero ahora tengo dinero para costearme un rápido regreso...  
—aventuró Bill cautamente.

—Lo tiene, amiguito —concedió Righilis—, gracias a mí; pero sus jefes del

F. B. I.,

no deben saberlo. Mi deseo es que su esposa no lo sospeche tampoco: ¡Es tan joven e inexperta!

¡Qué sutilidad y qué astucia! El griego no olvidaba un solo detalle y marcaba la pauta a seguir al que —en lo sucesivo— sólo podía ser un incondicional o un cadáver. Maldito si le importaba que Bill se hiciera millonario, pues con ello atesoraba en su cuenta una cifra mucho mayor.

Se permitía aconsejarle acerca de Nancy, temeroso de que la mujer no supiera callar cuando se imponía el silencio. A su gusto, debía darse por cortada, aparentemente, la relación entre los dos hombres, entre el federal y el siniestro «gang» de contrabandistas.

En el futuro, sólo Templeton debía saber que estaba amarrado, de por vida, al criminal tráfico de narcóticos.

No fué mala la adquisición de un policía yanqui por medio del cortés y untuoso Gerald Hartmann. Varias pruebas, aplastantes, garantizaban la fidelidad del federal. Además, como Righilis había dicho a su segundo en el mando, no revelaría a Bill todo el plan. ¡Al menos hasta que estuviera seguro de su fidelidad!

El joven se levantó del sillón muy tarde, cuando ya su anfitrión bostezaba sin disimulo. Las piernas del yanqui temblaban ligeramente a causa de los sendos vasos de licor que había bebido. Empero, su lengua no tartamudeó al hablar, despidiéndose:

—Me iré dentro de una semana, en cualquiera de esos dos barcos. ¿Debo despedirme de usted ahora definitivamente?

—¡No, amiguito! —rió el griego—. Yo también embarcaré en «su» trasatlántico, aunque seguiré la costumbre de no alternar en la vida oficial del barco.

Bill se alejó de la casa del hombre que había deshecho su felicidad matrimonial. Se iba sin la cinta magnetofónica a que

aspiraba, aunque en realidad no confió mucho que se la entregase.

Aun en el caso de hacerlo hubiera seguido desconfiando, porque es tan fácil reproducir una cinta sonora como las cinematográficas y en menos tiempo. ¡Basta tener otro aparato grabador y sacar una copia!

Definitivamente estaba en poder de Andreous Righilis, la perversa inteligencia, y no podría zafarse de su poderío. Fué inútil que bebiera de un modo copioso en su compañía, invitando a imitarle: el griego resistía el licor con la misma fortaleza —acaso más— que Gerald Hartmann.

Quizá tuviera un punto vulnerable, tendón de Aquiles al que atacar, pero por el momento daba la impresión monolítica de un bloque de obsidiana, duro y frío.

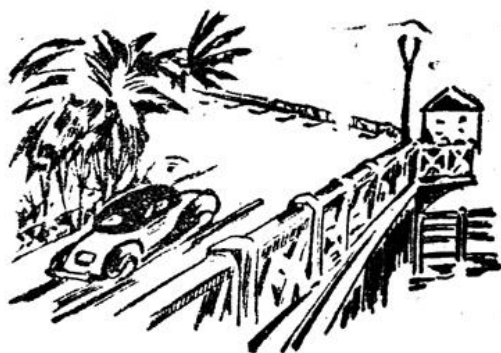
Aquella noche Bill no pernoctó en el hotel. Temiendo la hostilidad de su esposa, razonablemente enojada, confió que el tiempo suavizase la primera fricción. Dejar a Nancy sola suponía que la joven pasase la noche entera cavilando, y la incertidumbre minaría su decisión. ¡Tal vez al día siguiente se mostrara más asequible!

Erró como una sombra por las calles de Atenas, derivando por el Ágora, el Teseo y el pórtico de Atila. El alba le sorprendió en las inmediaciones de la Sinagoga, en la calle Sagrada.

Cansado ya, maltrecho, derivó lentamente hacia el hotel. Era como un proscrito, sin rumbo ni orientación.

¡En América sería peor aún! Allí la lucha empezaría de nuevo, feroz y despiadada como nunca, más impía. Y si Bill se apartaba de la ruta señalada por Righilis —con la frialdad de un déspota— firmaba su condena de muerte a manos de vengativos sicarios.

¡De cualquier modo no tenía escapatoria! Eligió nuevo amo y se obligaba a servirle.



UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES  
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL

### **MENDOZA COLT**

El famoso *gun-man* de raíz española, cuya terrible velocidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahínco al culpable de su desgracia hasta que...

**PUBLICACION QUINCENAL 1,50 pesetas**

## IX



—ÁSAME la mostaza, por favor!

El tarro de la salsa fué colocado ante el federal, y debido al balanceo del barco cayó sobre el mantel. Bill lo tomó, mirando ansiosamente el rostro de la bella.

Había pasado una semana en Grecia, y ya la pareja se lanzaba en barco hacia el paso de Gibraltar. Al día siguiente tocarían en Ceuta, de madrugada, y luego el Atlántico los acogería en sus aguas.

Después..., ¡una larga y áspera vida en común, sin el menor aliciente!

Nancy no hablaba con su esposo, aunque simulaba exquisita

corrección en el trato cuando se hallaban ante extraños. Claro que había un matiz: los labios de la joven permanecían cerrados por hábito, hablando solo cuando la situación lo exigía de un modo tajante. El resto del tiempo permanecía aislada, fría y extraña.

Era inútil que Templeton acuciase a la ofendida para que saliese de su mutismo. La mujercita no podía ser desleal a los principios de ética mantenidos siempre. Era como una extraña, pero tan discreta y educada que no traslucía su resquemor en actitudes violentas o desagradables.

En resumen: era como si el federal viajase en unión de su hermana o de una hija adoptiva; que en su actitud le recordaba constantemente el rechazo a una conducta vil.

La cena terminó sin pena ni gloria. Fué vano que Bill ofreciese el brazo a la esquiwa para conducirla al camarote y que la propusiera acodarse unos minutos en la borda y contemplar el mar agitado en las proximidades del Estrecho. Nancy, encogiéndose de hombros, replicó:

—¡Gracias! Puedo ir sola. Si te agrada el espectáculo, quédate a contemplarlo. ¡No te inclines demasiado y vayas a caer!

¿Era una ironía o un deseo sangriento? Bill reprimió un escalofrío y contempló a la figura grácil y esbelta que se alejaba rumbo a la escalera del buque. Al parecer. Nancy resistía bien el mareo y su drama interior.

¡Se hallaba sola, terriblemente desamparada, a poco de unir su vida a la de un hombre! Llegada a la patria, no tendría ni el consuelo de reconocer su error ante los padres amantísimos, por evitarles su mismo sufrimiento.

No es cierto que el drama propio, al referirse, disminuya la pena. Por el contrario, la aumenta y extiende, y Nancy era tan bondadosa que jamás se decidiría a revelar el fracaso de su vida a los seres que amaba. Imponía una expiación en algo de que no fué culpable. Eje de un gran círculo de amistades, no daría el aldabonazo siniestro de confesar que el hombre elegido no la merecía.

Bill se quedó solo una vez más. Lo estaba desde que su esposa le repudió, aun permaneciendo dentro de su misma habitación y sintiendo el aroma de su juventud y su presencia. ¡Lo estaría siempre, si Dios no ponía remedio!

Al pensar así, crispó los puños y llegó a clavar las uñas en la palma de las manos. Luego, como decidido a abstraerse a cualquier precio, se acodó en la borda para contemplar las costas de África, que se perfilaba en la sombra confusa del horizonte y el parpadeo de algunas luces. ¿O eran estrellas caídas —como él— de su pedestal?

El frío hizo dirigirse a Templeton, horas después, hacia el bar, que estaba abierto día y noche. Tomando asiento en una mesa aislada, halló confortación en el alcohol: el líquido ambarino puso tibieza en su cuerpo y aliento increíble en su alma.

¡Era necesario seguir luchando hasta el fin!

Un poco amodorrado, le despertó súbito rumor de carreras y frases pronunciadas con algazara. Abrió los ojos, y mirando por una de las ventanas del salón se dio cuenta de lo que llenaba de tumulto a las gentes. ¡Algunos pasajeros se disponían a desembarcar en el puerto de Ceuta!

Como tanto le daba seguir abstraído como unirse al grupo bullicioso, Bill se desperezó y salió al exterior. El frío del alba le hizo bien, y, tragándose un pensamiento fugitivo hacia Nancy, se acopló cerca de la pasarela. Dos hombres toscos y rudos acababan de fijarla, provisionalmente, con maromas.

Varios pasajeros empezaban a descender y otros contemplaban su partida del barco. Entre éstos vio el federal a algunos elementos de la pandilla de Righilis, a quienes había advertido ya sin cambiar palabra con ellos. El propio Hartmann estaba allí, sonriente y afable, como siempre.

—Mucho madruga, amigo —comentó Gerald—. ¿Insomne?

—Sí, por cierto —dijo Templeton.

No tenía por qué confesar que aún no se había acostado.

Luego del descenso de los pasajeros subieron a bordo otros a quienes convenía la ruta del barco. Entre ellos los había ricos y pobres, gentes bien vestidas y otras que parecían mendigos.

El «Doria» era una ciudad en miniatura, con representantes de todas las clases sociales. ¡Incluso había emigrantes, que se hacinaban en dormitorios colectivos cerca de la sentina!

Hartmann, que estaba cerca del federal —era el único que oficialmente conocía a Bill, dada su relación con el matrimonio en el King George—, lanzó un reniego y, acercándose más Templeton,

llegó a clavarle los dedos en un brazo. Con voz que parecía un siseo, murmuró:

—Oiga... ¿Ve usted lo mismo que yo, o es una alucinación?

¡Rodeado por media docena de mocetones, tan recios y fuertes como él, se disponía a subir a bordo Mikive Erzingan-Ul-Aziz, de Trebisonda!

—Es el turco, en efecto —contestó Templeton—. No se puede negar que tiene agallas el tipo.

—Pero no podemos dejarle subir a bordo —barbotó Gerald, lívido—. Hay que avisar al capitán o...

—¿A la Policía? —completó Bill—. No es necesario. ¡Yo soy la Policía! ¿Lo recuerda?

Hartmann se encogió como un reptil dispuesto a saltar. Su cara estaba congestionada, a punto de gritar algo a los cómplices dispersos por allí. Lo pensó mejor y se lanzó en veloz carrera hacia el interior del barco. ¡Iba a avisar al «boss», apaciblemente retirado a su torre de marfil, de que el enemigo acudía a invadir el barco!

Al parecer, el turco no se resignaba a perder en la enconada lucha y acudía con seis matarifes. Era posible, incluso, que tuviera contratados otros hombres fuera de los que formaban el séquito visible.

«No tiene nada de particular que venga a nuestro encuentro», meditó Bill, como para sí.

En virtud de la extraña forma de operar en Grecia —que valía un ascenso y la amnistía a los que pasaban de un bando a otro—, resultaba lógico que el turco se hubiera informado de la marcha del enemigo. Su yate adelantó al «Doria» y ahora estaba en Ceuta dispuesto a subir a bordo y ajustar la última cuenta.

¡Estaba subiendo ya, haciendo estremecer la pasarela, así como los seis paquidermos humanos!

Los otros cómplices de Righilis se alejaron al reconocer a los que llegaban, y sólo quedó Bill junto al encargado de recibir los pasajes. Así fué como el federal enfrentó al turco, al remontar éste el estrecho camino de tablas.

—¡Hola, Mikive! —exclamó—. ¿Se madruga?

No había odio ni aprensión en el rostro del federal. Sólo una curiosa mueca de asombro, como si acabase de despedir a Mikive horas antes, en Atenas. La última vez que le vio, a decir verdad, fué

cuando volaba en dirección a las aguas del Mediterráneo, en su ramificación del Egeo, lanzado por él mismo mediante una presa de judo.

Los ojos diamantinos se posaron en Bill con odio mal reprimido. Luego, una manaza fuerte y ruda, bestial, apartó al joven a un lado con bastante brusquedad.

—¡Retírese! —Oyó Templeton—. Está estorbando el paso...

—Es que quiero estorbar. Como agente del

F. B. I.,

estoy dispuesto a denunciarle ante las autoridades de tierra o a las del barco.

—¡Hágalo! —invitó Mikive muy serio—. En tal caso se quedará usted en tierra, con nosotros...

Aquello no interesaba a Templeton. No, al menos mientras que Nancy, Righilis y los otros siguieran viaje en el «Doria». Así, se limitó a encogerse de hombros ante la mirada atónica del sobrecargo, que miraba a Bill con respeto desde que oyó mencionar su empleo.

¡No podía olvidar que el primer puerto de escala, luego de las Azores, sería Boston, y el de su destino Nueva York!

—Pase, entonces... —concedió el joven a regañadientes—. Supongo que habrán pagado el pasaje y cumplido las formalidades de rigor.

—Si no las hemos cumplido, las cumpliremos —refunfuñó Mikive—. ¡Adelante, muchachos!

Los seis gorilas miraron a Bill con cara de pocos amigos. El incidente bastó para señalarle a uno de los enemigos del jefe, y no olvidarían fácilmente su fisonomía. ¡Tampoco la recompensa ofrecida por aniquilarlo, con preferencia a cualquier otro!

—Ahora sí que va a ser el viaje divertido —susurró Bill, viendo alejarse al turco con el sexteto criminal.

—¿Decía usted algo, señor? —preguntó el sobrecargo, solícito.

—No, nada... ¡Espero que no haya novedad en la travesía!

Media hora después, el «Doria» emprendía la marcha nuevamente. Fué cerca de la zona tumultuosa del estrecho cuando apareció Hartmann en cubierta, llevando consigo al jefe supremo de la pandilla.

¡Todo aquel tiempo había necesitado Righilis para encajar la

noticia, vencer su pánico y formar un plan de ataque!

Dirigiéndose al federal, el hombre que parecía un idolillo de Oriente mostró el rostro convulso, en que la barbilla se empeñaba en bailotear fuera de control.

—Es necesario hacer algo —murmuró Righilis—. ¡Confío en usted, Bill!

—Ya lo hice inútilmente. Traté de convencer al turco de que bajase, pero él se empeña en seguir hasta el fin. ¡Otra cosa no es posible hacer ya, sino esperar!

—Me matará: ¡nos matará a todos! —Silbó Andreous, tembloroso—. Es posible que su yate nos siga, para recogerles luego de culminar el atentado. ¡Sálveme! —suplicó.

—¿Y cómo? —dijo Templeton, riendo—. Recuerde que el pacto es que yo permanezca mano sobre mano. ¡Defiéndase con sus hombres!

—Apenas tengo media docena —farfulló el griego—. No puedo denunciar el caso al capitán y...

—Yo no soy combatiente tampoco —redondeó Hartmann, tan lívido como su jefe.

—Entonces... ¡tírense al mar y traten de ganar la costa a nado! —aconsejó Bill, muy serio—. Cualquier barca de pescadores puede recogerlos, aunque no sea el «Samotracia».

Andreous dio un bufido, y luego se quedó mirando a Bill ceñudamente. Parecía convencido de que el federal se estaba burlando de ellos, en vez de darles un consejo salvador.

Realmente, el caso era complicado. En un barco de pasaje se iba a sustanciar una pelea dramática, y el «Doria» simbolizaba un minúsculo continente a la deriva, con su carga de inocencia y de pecado.

Righilis no podía ofrecer al federal la cinta magnetofónica entonces, ya que no había confesado poseerla sino por medio de un cómplice con habilidades de actor.

¿De qué le servirían sus billetes ante el «naufragio» que barruntaba?

—Tiene que salvarnos —repitió, crispando las manos en actitud lastimosa—. ¡Hágalo sin condiciones y no le pesará!

—¡Astuto! —recriminó Bill—. Me da lástima, y voy a ayudarle, en cierto modo. Le defenderé al defenderme yo mismo, porque

estoy seguro de que Mikive me atacará en primer lugar. ¡Váyase tranquilo, y pida a sus hombres que no intervengan!

Los dos contrabandistas se alejaron, con su carga de pánico. Empero discutían entre sí al bajar al camarote del griego y atrincherarse.

—Los muchachos tienen que intervenir: ¡qué duda cabe! Si Mikive y sus hombres aniquilan al federal, vendrán luego a por nuestro pellejo.

—¡Lástima no poder contratar más hombres ahora! —suspiró Andreous—. Verdaderamente, la llegada de ese odioso Mikive nos ha pillado de improviso...

Nada digno de mención sucedió aquel día, debido a que el turco y sus hombres se dedicaron a inspeccionar el barco y tomar nota de su topografía.

A la primera noche de navegación por el Atlántico empezaron los disturbios, motivados por quejas y reclamaciones de los emigrantes pobres, y al alba siguiente demostró que los botes de salvamento se habían perdido en la inmensidad. Luego, algo o alguien estropeó el aparato de telegrafía de a bordo.

¡El demonio estaba empezando a enredar, valiéndose de sus secuaces!

El «Doria» no llegó a tocar nunca las islas Azores. Un violento temporal hizo retrasar la arribada, y tal vez peleando contra los golpes de mar el timonel resultó herido en la cabeza.

El nauta se encontró descalabrado, inconsciente, y en su delirio murmuraba extrañas palabras en las que se acusaba a sí mismo del abandono del buque.

¿Se habría vuelto loco, o estaba comprado ya por el poderoso Mikive?

No se sabía nada de nada, y la inmensa mayoría de los pasajeros ignoraba por completo la explosión de violencia que iba a conmover a un centenar de seres montados sobre un cascarón. Empero se empezaban a rumorear cosas extrañas, y la psicosis colectiva del miedo tuvo un resultado benéfico.

Todos los que no tenían nada que ver en la contienda entre dos cuadrillas, se refugiaron en sus camarotes, evitando ser así víctimas inocentes de la pelea.

Ésta empezó al tercer día, a mitad del camino entre las Azores y

Boston y en el memento de cruzar el paralelo cuarenta. Las sombras nocturnas, en medio de la borrasca que parecía complacerse en perseguir al barco, actuaron en conjunción con los secuaces de Mikive. Se consideró el momento ideal cuando el «Doria», sin radio ni timonel, se alejaba de cualquier ruta usual de navegación.

¡Fué indudable que los malvados buscaban la piel del federal, en primer término! Cuatro elementos de choque embistieron contra su camarote, arrancando la puerta de cuajo, mientras que otros dos levantiscos vigilaban los caminos de acceso y de socorro.

Nancy, desvestida y cubierta con un pijama, quiso encender la luz eléctrica inútilmente. Unas sombras borrosas, que vio destacar a la incierta luz del exterior, avanzaban a su encuentro con ademanes lentos, cautelosos, reñidos con el anterior estrépito.

¡Entonces, no dudando que eran asesinos los que llegaban, la bella y aterrorizada mujer dio rienda suelta al verdadero sentir que palpitaba en su pecho! Lo hizo al clamar desesperadamente el nombre del amado.

—¡Bill! —gritó, y su voz pareció un alarido.

Templeton no estaba allí, pero tampoco se hallaba lejos. Llevaba varios días insomnes, descansando a trancas y barrancas durante las horas del sol y montando celosísima guardia nocturna.

Sospechaba que el ataque se produciría de noche, y acertó, porque el mal es hijo de las sombras y amigo del encubrimiento.

¡No llegó antes porque combatía, feroz, contra los dos asalariados del turco que guardaban la retirada!

Pudo sorprenderlos por eso, pues ellos miraban hacia el camarote atacado, esperando una llamada para ayudar a sus amigos contra el superhombre. Su sorpresa fué total, y muy sencillo neutralizar a uno de los dos, al atacar Bill por sitio opuesto del que creían.

¡El federal no estaba en el camarote, entregado al reposo, como ellos suponían! ¡La bella Nancy se hallaba sola, en injustificada y casi criminal soledad!

Un coloso a las órdenes de Mikive no pudo comprender nada, porque una figura agilísima se le echó encima y le proporcionó formidable culatazo con algo muy duro y contundente. Un cráneo sonó con ruido de astilla dura, y la mole del estafermo cayó al suelo como algo inanimado.

Su amigo pudo reaccionar, pero tarde. Después de desorbitar sus ojos, al ver al cómplice caído y derramando sangre, pretendió volverse y contraatacar, cuando ya su propio castigo estaba en camino. Vio la sombra fugaz de Bill Templeton, el hombre que había recibido orden de eliminar, y cuando quiso encajar la sorpresa, yacía al lado de su compañero de guardia.

¡Tan maltrecho e inconsciente como él! Herido y de tanta gravedad, que durante el resto del viaje sería un inválido total.

Los cuatro asesinos que danzaban por el camarote, sujetando coléricos a Nancy —que arañaba y mordía como una tigresa—, no llegaron a extrañarse de la aparición de Bill, porque ya le habían echado de menos.

La sombra tumultuosa que cruzó la puerta desquiciada se lanzó sobre ellos con la voracidad de una hormiga-león y la crueldad de la mantis.

Un disparo, el primero de una serie infinita, sirvió a los medrosos para refugiarse y a los cómplices de la cuadrilla rival para intervenir en la pelea.

Bill vio las estrellas en plena oscuridad. Eran muchas las zarpas que se dirigían a él —con el afán de estrangularlo—, y encontró una en su camino al desmanar al tercer mulo cerril. Los otros —demasiados para sus fuerzas— se lanzaron a una contra él, y Templeton se encontró en el peor momento de su vida.

Naufragaba en un pozo de negrura infinita, de dolores sin cuento, cuando recordó que tenía una «Lugger» en la mano. La figura blanca y esbelta de Nancy estaba a su derecha, perdida en el conjunto que formaban tres asesinos y como abandonada momentáneamente por el hampa.

Entonces, Bill disparó por segunda vez, y una de las sombras monstruosas dejó de bullir ante él.

Un golpe sordo, de caída fulminante, sonó en sus oídos cuando cuatro manazas le aplastaban en tierra.

¡Contra su costumbre, Bill había tirado a matar!

Fué tal su furia al sentir el grito de apelación de Nancy, al considerarla en peligro en medio de rufianes, que todo lo demás se borró de su mente. Es posible que el golpe recibido le hiciera olvidar también, porque lo cierto es que se desenfrenó como no lo había hecho nunca.

¡Las consignas piadosas del

F. B. I.,

recibidas en Quántico, se le olvidaron ante la gravedad del momento! No ya por él, sino por la mujer que seguía amando, pese a su desprecio.

¡Nancy le había llamado, viéndose en apurada situación!

Ahora, Bill se debatía en precario. Pataleaba en el suelo, sujeto por una rodilla y cuatro garras, y sentía que poco a poco la razón y la vida escapaban de su interior. Dos zarpas asesinas le tenían aferrado del cuello y procedían a su lenta estrangulación, mientras que otras dos inmovilizaban su cuerpo.

¡Un minuto más y moriría! Tal vez antes, si las manos porosas le fracturaban la columna vertebral.

Extrañamente sintió que la tenaza asesina se soltaba, e, imprimiendo a su humanidad un giro de torbellino, logró derribar al coloso que estaba sobre él. Un líquido pegajoso, tibio, le salpicó en la cara, y dos seres enraizados en doble presa se revolcaron por el camarote, golpeando contra el suelo, paredes y mobiliario.

¡Era una pequeña tromba, misteriosamente introducida en un recinto interior!

Bill había perdido la «Lugger» ya, y la oscuridad no aconsejaba buscarla en aquel momento decisivo. Su instinto le hizo buscar el cuello del antagonista final, el que iba a cantar victoria, y, magullado y todo, lo agarrotó del mismo modo que él lo había estado antes.

Tenía entre los dedos una musculosa garganta, abultado haz de tendones, donde sus dedos intentaban en vano hacer presa mortal. ¡El hércules que sujetaba resistiría la presión de sus dedos, respondiendo con terroríficas puñadas y otros golpes efectistas al ataque!

Entonces, Bill actuó, con la celeridad y clarividencia que acostumbraba, máxime en la situación caótica, que exigía medidas fulminantes y un esfuerzo decisivo.

No podía estrangular, y golpeó, sin soltar la presa de un cuello. Sus manos se alzaron del suelo para aplastar después, una y muchas veces, la testa del adversario. Lo hizo contra el piso, contra la muelle alfombra y el duro bordillo de la puerta, contra las paredes y los muebles convertidos en astillas.

Repitió el ademán con la ferocidad de un salvaje y el hábito del herrero que machaca metales en el yunque.

Cuando se levantó —vacilante las piernas y descompuesto el ademán, con las pupilas cruzadas por venillas sangrientas—. Nancy retrocedió a su pesar. Había llamado al esposo y se levantaba un monstruo, un ser de pesadilla que tenía odio y rencor impresos en el semblante.

¡El adalid se había convertido en matarife!

Con gestos desacompasados, Bill buscó por el suelo, pisando la sangre que bañaba la estancia. No pareció ver a Nancy, que sujetaba aún el candelabro usado para aniquilar a uno de los asesinos, y al encontrar la «Lugger» dio un alarido triunfal, de soberbia infinita.

Era el ángel exterminador, y acababa de encontrar el flagelo de fuego. ¡Quedaba un miserable por castigar, y no más lejos de aquella noche, que él eligió para la violencia, recibiría la vuelta de su moneda!

Bill avanzó con pasos mecánicos hacia el exterior, y al cruzar la puerta se volvió para murmurar algo. Nancy apenas lo oyó, pero intuyó el sentido:

—Llama a cualquier otro sitio y ponte en seguro. Yo... ¡voy a por el culpable!

Desde luego que la esposa no pensaba seguir en el horrible lugar. De ningún modo permanecería entre los seres maltrechos o muertos, esperando que uno de los inconscientes se levantase para continuar la acción incalificable.

Salió disparada detrás de su esposo, y en la primera puerta entornada que vio, donde espiaba una mujer, se coló sin pedir permiso. Allí, con frases entrecortadas, explicó lo sucedido y pidió asilo.

Varios muebles fueron colocados a modo de parapeto por dos mujeres, luego de correr cerrojos y pasadores.

Bill avanzaba lentamente en busca del camarote de Mikive. Sabía dónde se albergaba en el «Doria», pues había perdido no pocas noches en celarle, a su vez. Llegaba con la «Lugger» empuñada, caliente aún, y esperaba variar íntegro un cargador en el cuerpo del fermentido que enviaba gentes al asesinato.

¡A la menor reacción de su parte, uno de los dos se hundiría en

la noche eterna; en ese sueño del que nunca se vuelve!

No tuvo ocasión de cumplir su propósito. Cuando llegó a la vista del camarote que buscaba, lo encontró abierto de par en par. Allí estaba Mikive, en efecto, pero no esperándole. Ya no esperaba nada ni a nadie de este mundo.

La luz se hallaba encendida, y el turco tirado en el suelo cuan largo era. De su garganta surgía sangre, roja y espesa, en oleadas.

¡El turco no tenía cabeza! Se la habían seccionado totalmente, y no aparecía por ningún sitio el resto de su ser corpóreo.

Bill tuvo la explicación bastante más tarde. No aquel día ni el siguiente, ni tampoco a la llegada a Boston llevando el «Doria» un timonel con la cabeza entrapajada. Se enteró cuando empezaba a olvidar el cuadro, y ello le hizo recordarlo con el mismo horror y aversión con que estaba contemplándolo entonces. ¡Fué Andreous Righilis quién se lo confesó!

El griego había dispuesto matar a su poderoso rival, al hombre que volvía a la carga con más saña cada vez y a cada derrota. Para no ver nunca los ojos duros y hostiles del adversario, los rasgos fisonómicos que le causaban tanto horror, lo hizo decapitar por sus esbirros.

¡La cabeza de Mikive Erzingan-Ul-Aziz había sido arrojada al mar, envuelta en un saco!

Tres días después, el «Doria» llegaba a Boston. Allí, luego de abandonar el barco sin el menor equipaje, Nancy fué la primera en descender. Se dirigió al jefe de Aduanas, y le conminó, de un modo pintoresco:

—Soy esposa de Bill Templeton, del Departamento de Drogas y Narcóticos del

F. B. I.

Registren a conciencia los equipajes y el barco, porque estoy segura de que trae un cargamento de tóxicos.

—¡Gracias, señora! —contestó el empleado, deferente—. Siempre lo hacemos con atención, y más si son barcos que llegan de Grecia.

No se encontró nada sospechoso ni anormal. Andreous Righilis y sus comparsas pisaron tranquilamente el territorio de la Unión, y el jefe de la banda llegó a despedirse obsequiosamente de Nancy.

—Recuerdos a su marido —encargó—. Debido a su conducta

para conmigo en el barco, ingresaré en su cuenta los cinco mil dólares de costumbre. ¡Dele mi felicitación, con el deseo de que se restablezca pronto!

—¿Es que está herido? —preguntó Nancy.

No tenía nada de extraño su pregunta, porque en los últimos días no vio a Bill ni intentó buscarle. ¡Aún le duraba el terror que motivó su expresión de justiciero!

—Se halla perfectamente, señora —añadió Hartmann, burlón—; pero ha tenido «dificultades» con el capitán del «Doria», y se halla en el calabozo de castigo. ¡A disposición del

F. B. I.,

que acudirá inmediatamente a rescatarlo!

¿Había burla o ansiedad en la expresión de aquellos tipos? Nancy no lo sabía ni le interesaba. Era seguro que Bill encontraría palabras para convencer a sus jefes, como las tuvo para engañarla y conquistarla a ella.



No existe publicación ilustrada más popular que

**AVENTURAS DEL F. B. I.**

Y tampoco logran igualar el interés de

**JEQUE BLANCO**

Unicamente puede comparárseles con ella, otra nueva  
creación de EDITORIAL ROLLAN

**MENDOZA COLT**

El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre  
el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión  
justiciera.

¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN

**MENDOZA COLT!**

## EPÍLOGO

El desenlace tuvo lugar más tarde. Bill Templeton había quedado libre, en efecto, cuando se probó que no había sido autor de la muerte de Mikive. Los otros elementos que neutralizó eran maleantes habituales, y obró contra ellos en legítima defensa. No era un asesino y sí un federal que cometió homicidios con todas las atenuantes a su favor.

¿Cómo acusarle, por otra parte, si en los Estados Unidos no cometió ningún delito?

Nancy se desesperaba al pensar en ello, pues tenía la certeza de que «también en la Unión» iba a seguir delinquiendo. Era necesario evitarlo como fuese, y tras del fracaso de su advertencia a los inspectores de Aduanas, la joven torturaba su mente para hallar una solución. ¡Sin escándalo, a ser posible!

Era indudable que el «Doria» llevó contrabando, pero... ¿dónde?

Tres días de reclusión le habían venido al pelo a Bill, para recuperar sus fuerzas. Seguro de que Nancy no corría peligro ya, su cerebro trabajaba también a marchas forzadas.

Ignoraba que Andreous le había recompensado otra vez, pero al saberlo, ello no le quitó el sueño. ¡Acostumbraba a aceptar los dones y sinsabores de la vida con la misma filosofía!

Ferg y Donlevy le sacaron de la prisión flotante, y entre los tres hombres hubo luego un largo conciliábulo. Su resultado fué que Bill abandonó el barco, y que los inspectores ordenaron establecer en torno suyo una vigilancia discreta.

Así pasó una noche tranquila, y el muelle donde estaba atracado el trasatlántico permaneció desierto de sospechosos. Luego, cuando Nancy tomaba el tren para Nueva York, dispuesta a tomar una determinación, en uno u otro sentido, el «Doria» emprendió la marcha hacia el puerto más rico y populoso del mundo.

Sólo quedaban a bordo, fuera del pasaje inocente y desligado del

asunto, algunos cómplices de Andreous. Éste y Hartmann, Nancy, Bill y los jefes federales, extrañamente situados en Boston, decidieron seguir la ruta por tierra; todos ellos ávidos de preparar los planes futuros.

Cuando la solitaria joven llegó a Nueva York y ocupó su flamante casita en el Bronx, llamó a sus padres y amistades por teléfono. ¡El viaje de bodas había concluido!

Ni que decir tiene que el nuevo domicilio de Templeton se inundó de gente. Acudieron, en primer lugar, míster y *mistress* Seattle —llenos de la natural curiosidad y afecto—, y tanto a ellos como a sus amistades íntimas Nancy les dio la misma explicación:

—La experiencia ha sido deliciosa y pródiga en aventuras. Al regreso hubo su pizquita de emoción, a cargo, como siempre, de Bill. ¡Es adorable!

—¿Dónde está ahora el valiente? —Fué la unánime pregunta, con algunas variantes.

—Pues... en relación con sus jefes.

Al decir así, Nancy no mentía tampoco, empleando un eufemismo y una sonrisa «standard» para ocultar la inmensa amargura de su alma.

Estuvo a punto de confiarse a su madre, pero se arrepintió cuando ya la confidencia iba a asomar a sus labios.

¿A qué nublar el gozo de la santa que le dio vida? Era indudable que *mistress* Seattle respiraba felicidad por los cuatro costados al ver a su hija de nuevo en la patria.

Hizo bien en callar su drama, por cierto. Jamás se hubiera consolado en caso contrario, porque días después, al leer un periódico, una noticia impresa en primera página la crispó de emoción y de sorpresa. Tras de los titulares a base de gran cantidad de tinta, a la moda americana, podía leerse en la edición de un diario sensacionalista:

«Un nuevo servicio del

F. B. I.,

acaba de realizarse de modo satisfactorio. Bill Templeton, el incorruptible, acaba de resolver un apasionante misterio: ¡el modo de introducir drogas desde el Lejano Oriente, en nuestra patria!

»No es posible dar detalles, que desconocemos; pero el hecho concreto es que Templeton, conviviendo con unos contrabandistas griegos y enquistado en su “gang”, ha logrado cortar el medio ingenioso de que se valían para infestar de drogas la Unión. Ahora se halla en poder del

F. B. I.,

un importante cargamento y lo que es más: la seguridad de que nunca volverá a emplearse tal sistema de contrabando.

»Sería indigno de nosotros tener a nuestros lectores en la curiosidad. El procedimiento de que se valían Andreous Righilis y Gerald Hartmann —que a estas horas se hallan encarcelados en

Sing-Sing,

acusados de complicidad en la muerte de un tal Mikive — era elemental desde que en la guerra pasada se inventaron las minas magnéticas.

»Empleando recipientes de trilita y reemplazado el explosivo con opio, los contrabandistas fijaban éstos por imantación en la quilla de los navíos. Luego, por la noche y cuando cesaba la vigilancia en torno a los barcos, se limitaban a sumergirse hombres-rana y a traspasar a una barca la criminal mercancía.

»Bill Templeton lo imaginó así desde que en el mar Egeo, a bordo del yate de Righilis, vio que un barquichuelo se aprestaba a venderles pescado. Ello le hizo sospechar, tanto más que un buceador se hallaba sumergido y, sin duda, procedió a fijar las drogas en la quilla del “Kilkis”, mientras los extraños visitantes y sus amigos pretendían distraer al federal con el pintoresquismo de la novedad.

»Sabemos que el federal ha sido amenazado de muerte por Righilis, caso de traicionarle. El agente del

F. B. I.,

no teme el peligro —que desafió siempre con formidable valentía—, y el griego se guardará mucho de cumplir su venganza. Antes bien; debía velar por la

vida del que fingió ser su cómplice, pues en el momento en que Templeton caiga de un modo extraño, misterioso o que tenga relación con el griego, éste verá cambiarse su celda a perpetuidad por otra menos confortable, que se llama cámara de ejecución.

»Felicitamos al

F. B. I.

y a Templeton por esta nueva victoria contra el crimen en lucha desigual e ingrata. Los que tratan de comprar a nuestras autoridades ignoran, sin duda, la firmeza de su juramento y la devoción que rinden a las premisas de Fidelidad, Bravura e Integridad.

»Una última noticia del caso, de interés para nuestros lectores, es que Bill Templeton ha entregado al Gobierno, para su aplicación a fines benéficos, la suma de diez mil dólares, producto de sus hazañas en la banda que acaudillaba Andreous Righilis en Atenas.»

—¡Esto es formidable, querida! —exclamó *mistress* Seattle—. No me habías dicho nada de ello...

—Es que... ¡no podía hacerlo! —murmuró Nancy—. He de reñir a Bill, pues, luego de ordenarme tanta discreción, se confía al primer periodista que le hace la «rosca».

Descendió del piso a toda velocidad, con el corazón palpitante, y tomó un taxi, haciéndose conducir a Centre Street.

Coincidió su llegada con la aparición de Bill, sencillamente porque el joven la estaba aguardando ansiosamente. Sintiendo la euforia de haber sido nombrado inspector, era su reconciliación con Nancy lo que más le ilusionaba, de momento.

—¡Perdóname, querido! —pidió ella, con voz conmovida—. No debí dudar nunca de ti...

—¿Perdonarte? —preguntó el flamante inspector—. De ningún modo: ¡no hay perdón cuando no hay delito! Muy distinto hubiera sido que por amor aceptases unir tu destino a un canalla.

La pareja se alejó hacia la zona verde del parque. Unos minutos después, Nancy iniciaba la sección de ruegos y preguntas:

—¿Por qué no me lo dijiste todo? ¿No tenías confianza en mí?

—¡En absoluto! —respondió Bill, muy serio—. Cuando estoy

trabajando, dudo hasta de mí mismo. No es el primero que habla en sueños... ¡o atormentado!

La gloriosa verdad se perfiló entonces y sólo entonces, ante los ojos de Nancy. Comprendió cuán proféticas eran las palabras de su marido, cuando de novio auguró que tendrían que luchar de firme en América. ¡Habían tenido que hacerlo contra ellos mismos, y gracias a que el resultado coronó las ambiciones de todos!

La enamorada comprendió, en su emotiva intensidad, la grandeza de alma de un federal. Puesto en línea de combate debe pelear contra el mal y todos sus representantes mancomunados, y también contra los propios sentimientos.

—Difícil y ardua lucha —resumió la bella—, en la que a veces el corazón es el enemigo... ¡Dame un beso!

Bill se sobresaltó.

—¿Aquí, delante de todos?

—¿Por qué no? Si luchas en el anónimo, en total aislamiento, debes recibir la recompensa en público. ¡Vamos! ¡Demuéstrame que eres audaz!

Y Templeton lo demostró, para asombro de chicos y grandes.

FIN



COLECCIONES DE  
**EDITORIAL ROLLAN**  
**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

**WINCHESTER**

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 6 Ptas.

**AVENTURAS DEL F.B.I.**

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F.B.I.

Publicación quincenal 1,50 pts.

**RECORTABLES  
WALT DISNEY**

a 0,50 y 1 pta.

**F. B. I. ¡ LA COLECCION SIN RIVAL !**

**EXTRA-OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 6 Ptas.

**MENDOZA COLT**

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,50 pts.

**FORT WINCHESTER  
CONSTRUCCION  
de DOCE láminas  
a todo color  
15 ptas.**



## NOTAS

[1] Museo del Crimen y la Violencia, en Londres. (N. del T.) < <